

CAMINO DEL FUTURO

Rafael Sanmartín Ledesma

I EL NACIMIENTO

Los terrones se deshacían en irregulares granos de tierra bajo los pies de los niños en su carrera. Se detuvieron a la orilla del río. Sentados ante la amplia y serena corriente, al otro lado les saludaba la campiña, salpicada de casas y de árboles, de trinos de aves en recogida. Tras ellos se escondía el sol, se ocultaba tímido bajo la línea dónde la marisma, inmensa, unía sus tonos verdosos al azul intenso, más inmenso todavía.

- ¿Te gusta el colegio nuevo?

Alfonso aprobó, sonriente, con una repetida inclinación de cabeza. Agustín tomó un terrón y lo deshizo en su mano, como si necesitara ayudarse con el movimiento, como si quisiera hacer más conversación lo que parecía un interrogatorio.

- ¿Por qué te has cambiado?

- No me gustaba el Instituto... me... no me gustan los niños del pueblo.

- ¿No tienes amigos aquí?

- Sí, muchos.

- ¿Entonces...?

Ambos quedaron mudos, un momento, sus miradas fijas en el lugar dónde el agua parecía dar un pequeño salto, como si alguna piedra cortara su discurrir sereno. Agustín levantó la vista hacia su hermano:

- ¿Te molestaba algún profesor? -Alfonso continuaba en silencio. Agustín añadió- Te echamos de menos.

- ¡Si vengo todos los viernes!

Al hablar tuvo un gesto alegre, miró a su hermano un momento, para desviar la mirada a dónde Agustín la tenía clavada. Su sonrisa se fue apagando hasta convertirse en un gesto de extrañeza, de asombro. El mismo asombro que había clavado los ojos de ambos en el lugar dónde el agua repetía el reflejo de la Luna.

El sol ya debía andar muy lejos, oculto debajo de la llanura. El agua, como un espejo, reflejaba en el fondo, muy abajo, el globo brillante, todavía enorme, de la Luna. La corriente parecía mucho más profunda por el reflejo de la Luna en el fondo, muy abajo. En medio de la opacidad -el Sol tiraba de su luz, se la llevaba con él, lejos, por detrás de la línea donde la marisma inmensa parece acabarse- la extensa y profunda corriente del río, más profunda por el reflejo, tomaba destellos plateados. Destacaba su discurrir, sereno; sus brillos contrastaban con las sombras, cada vez más espesas. El

crepúsculo sólo era interrumpido por el haz de luz de la Luna, clavada en el río.

Allí el río era muy profundo, aunque parecía más profundo aún por el efecto del reflejo de la Luna en el fondo. No había peñascos, conocían el río mejor que su casa, se habían sentado en el mismo sitio cientos de veces. Conocían el camino del agua y el de los peces que saltaban y las aves que anidaban al otro lado de la corriente. No había ningún peñasco que pudiera detener su discurrir lento, cansino, encaminado a entregar sus aguas al mar, ya cercano. Sin embargo, el agua se movía, se removía, se revolvía enérgica.

El agua no puede tropezar dónde no hay salientes; pero su salto, embravecido, formaba espuma. Una espuma creciente, que se elevaba, en el mismo lugar dónde la Luna sonreía desde el fondo del río.

Los ojos de los dos niños continuaban clavados, abstraídos en la visión de la espuma, cada vez más espesa, cada vez más alta. Subía, se elevaba sin parar, sin dejarse atraer por la corriente continua, lenta e implacable. Subía, se revolvía sobre sí misma, tomaba formas, se daba forma. Los ojos asistían ensimismados a la transformación y sorprendidos a un tiempo: la Luna había desaparecido del fondo del río.

La espuma había alcanzado su máxima altura ante la admiración de los ojos curiosos; había dejado de subir y empezaba a deshacerse. Pero no caía otra vez al lecho de agua, desaparecía como engullida en el espacio.

La espuma estaba desapareciendo. Mantenía su altura, pero era cada vez menos espesa.

Los ojos asombrados estaban cada vez más asombrados. Maravillados, atónitos.

La espuma no desaparecía: tomaba forma.

Incapaces de creer lo que sus ojos transmitían a la mente, se miraron sin acertar a cruzar palabras. Su sorpresa era más fuerte que su percepción, incapaces de despegar la mirada de aquella visión abierta ante ellos. Su estupor iba a más, hasta ir transmutándose en alborozo, inquietud, admiración; alegría.

Ya no había espuma en el río.

Ni el agua saltaba ante un posible tropiezo en algún saliente inexistente.

Y la Luna ya no estaba en el fondo del río.

Frente a ellos, deslumbrante, desde el lugar dónde un rato antes el agua había saltado como si fuera detenida por algún saliente, dónde habían visto crecer la espuma un momento antes, la joven, envuelta en tules caminaba decidida hacia ellos. Miraron a su alrededor, para cerciorarse de que sólo podía dirigirse a ellos.

Había salido de la espuma del río. *Era* de la espuma del río, formada dónde la Luna se reflejara antes. La espuma formada por la Luna al subir a la superficie. La Luna ya no estaba en el fondo; la espuma ya no estaba sobre el agua. La joven caminaba hacia ellos, como si en vez de un manto de agua que marchara cansino pero firme hacia el suicidio oceánico, tuviera bajo sus pies un camino sólido.

Una mezcla de respeto y admiración, de miedo y confianza, puso en pie a los dos niños, prestos a recibir a la joven.

Su andar suave y cadencioso daba un vuelo grácil al tul que cubría su cuerpo -un derroche de proporción estética- tan blanco y tan dúctil como la espuma de dónde había salido. El cabello, oscuro como sus ojos, ondeaba para añadir una estela a su figura cimbreante y esbelta. Su sonrisa inspiraba afecto y confianza. Y sumaba dulzura a sus labios torneados, a sus ojos profundos, grandes y negros, custodiados por dos hileras de hermosas pestañas largas, arqueadas.

Era como una estampa; un cuadro acabado de un gran y perfeccionista maestro; una escultura helénica viva. Llegó hasta los niños con el mismo paso firme, con la

misma figura volátil, con el mismo gesto apacible, amigable. Les saludó con la misma elegancia que había movido su cuerpo desde el agua, casi en la orilla opuesta del río. Absortos, ensimismados en la belleza de la joven y todavía confundidos, respondieron al saludo, breves; la sorpresa les había robado la voz.

- Tu eres...

Le faltó decirlo. Agustín miraba al fono del río, detrás de la joven: la Luna ya no se reflejaba en el agua. No había reflejo porque no había qué reflejar. La Luna no estaba en la bóveda oscura, ahora más oscura por su ausencia, porque el resplandor que iluminaba la noche recién estrenada, lo llevaba la joven para alumbrarles a ellos. Se habían quedado con toda la luz.

Le faltó decir: "...la Luna".

La figura elegante inspiraba confianza, pero la voz del niño no se había recuperado. Fue superado por la voz segura, modulada, de la joven salida de la espuma, donde la Luna, un momento antes, se asomaba desde el río.

- Sí.

Los dos niños se miraron, maravillados. Extendieron sus brazos, en un intento de tocarla, abortado por el respeto que les infundía la figura.

- Me llamo Astarté. O Noctiluca, como más os guste. Mi trabajo es cuidar de estos campos, de esta gente que cree en mí, aunque me haya olvidado. Hago fértil la tierra, envío el rocío que refresca las mañanas y da vida a las plantas. Extraigo el agua de los ríos y de los lagos, para que luego vuelva a la tierra y la haga productiva con su riego. -Se detuvo un momento. Los dos adolescentes la miraban, ahora menos sorprendidos que incrédulos- Aunque reconozco que los hombres cada vez me lo ponen más difícil.

Captó la incredulidad. La vio en los ojos de los dos acompañantes, a quienes había elegido para darse a conocer y difundir su mensaje. Quiso apagarla con una sonrisa y sus manos sobre los hombros robustos. Eran altos para su edad, pero ella los superaba.

Tú, Alfonso, acabas de cumplir trece años. Este curso has cambiado de Instituto porque estabas molesto con la forma como te trataba uno de los profesores. -La sorpresa volvía a ser el único sentimiento. Astarté continuó hablando- Y tú, Agustín, estás a punto de cumplir catorce. Os conozco hace tiempo. Os he elegido para mostraros vuestro mundo. Y vuestro pasado. -Apretó los hombros de los dos niños suavemente entre sus manos- Es necesario conocer lo que se tiene para poderlo defender. ¿Estáis preparados?

La gravedad no les afectaba.

El río quedaba abajo, se alejaba, parecía cada vez más pequeño. Podían verlo entero, en todo su recorrido, desde las vueltas entre los montes hasta los meandros en la llanura.

Y con él, todos los afluentes como venas irrigadoras de vida, en el cuerpo que es la tierra.

A los lados, desde la llanura, la tierra se veía más hermosa, única en su variedad. Los verdes suaves, agrestes e intensos, pero nunca agresivos del campo, contrastaban con la tonalidad de las ciudades, con el blanco de las casas, con el destello de las aguas y su discurrir en tantas direcciones, cuando seguían una misma dirección.

Una sola.

El viento azotaba sus rostros, movía sus cabellos, rozaba sus cuerpos. Pero los brazos que los guiaban les protegían al mismo tiempo. Gozaban el viento, los verdes, los blancos, sujetos en los brazos de la joven, cuya luz inundaba otra vez los campos.

Astarté disminuyó la velocidad y se acercó a la tierra; se reducía su campo de visión pero podían contemplar el detalle, admirar cada detalle. Ante sus ojos circulaban hermosas las ciudades y los pueblos, los ríos y canales; los montes orgullosos y esbeltos. Los campos roturados, hechos de surcos rectos, paralelos; y de sudor. Y los campos cultivados. Y los bosques, donde la vida se renueva permanentemente y el aire cambia carbono por oxígeno, para mantenerla viva.

Contemplan su mundo con deleite. No supieron cuanto tiempo les llevó observar cada lugar, cada rasgo, cada matiz.

Cuanto tiempo estuvieron sujetos por la joven, cuya luz iluminaba la noche, no llegaron a darse cuenta. Estaban conociendo su mundo.

Había llegado el momento de conocer su pasado.

Su historia.

La joven se elevó con ellos.

Se detuvieron.

- Mirad.



Cuando enfilaron la calle, larga y estrecha, a la carrera, la Luna empezaba a ocupar el lugar dejado minutos antes por el sol. Se habían detenido demasiado tiempo hablando en la marisma, sentados junto al río. La preocupación que intuían en sus padres imprimía velocidad a sus ágiles piernas.

Se miraron, jadeantes, en el vestíbulo.

Dos besos dejaron sitio al relax.

- Cada vez venís más tarde. No me gusta que estéis por ahí sin saber dónde estáis.

El padre se levantó de su asiento. Besó a los dos.

- Laváos las manos. Vamos a comer.

II EL CAMINO

*La paz por los caminos crece gozosa
con hojas de romero, viene orgullosa.*

Los caminos secos, reseco, polvorientos, se han hecho senderos de plata; vías de júbilo para los cuerpos repletos de doce lunas de trabajo. Ríos de música y alegría, por dónde discurre fluida la ofrenda. Hasta los bueyes obedientes disfrutan, cuando acoplan su paso al son de la música, de las músicas, del ritmo jovial, del caminar gozoso.

*Por la luz que la Luna va derramando
las flores del romero le van llegando.
Le van llegando, le van llegando
por todos los caminos de Andalucía,
por los caminos de Andalucía ¡Ay!
vienen los peregrinos, con alegría.*

*Los pasitos hacen camino,
los caminos son pa avanzar.*

¿Quién ha dicho que la Luna vive de noche?

Ella vigila solícita, cuando las sombras dominan los campos, para que el agua surque la tierra y se adentre en ella y la alimente y la fertilice. Para que el rocío se reparta y las hojas lo guarden. Para que la marea se lleve un poco más lejos la mar y el río tarde un poco más en llegar a su inevitable y tráfico final. Para acelerar la evaporación, que caerá luego sobre la tierra y convertirá la mies en fruto y mantendrá el aire limpio.

Ella vigila la noche, para proteger el descanso después de una fatigosa jornada.

*Las campanas alegres están repicando
porque los peregrinos vienen cantando.
Vienen cantando, vienen cantando,
por todos los caminos de Andalucía*

*Por los caminos de Andalucía, ¡ay!
vienen los peregrinos con alegría.*

*Los pasitos hacen camino,
los caminos son pa avanzar*

De día sonrío, disfruta al paso de las hileras de hombres y mujeres y niños, de marcha sobre las vías de plata, los senderos de júbilo, surcados a pie, a caballo o en carros, cargados con su ofrenda: una rama de romero aromático. Deben ofrendárselo en muestra de agradecimiento por los frutos de las doce lunas pasadas y en ruego por las doce lunas que aguardan.

Y Ella les espera, gozosa.

Ya se han reunido los hombres y mujeres y niños.

Ella los está mirando. Todos los días les protege desde la altura, desde su mirador abierto a la gran llanura, al valle fértil, a los montes arrogantes. Hoy les observa, orgullosa, mientras ellos le ofrecen las ramas de romero aromático.

En un lugar muy lejano, los gemidos de un animal sacrificado para leer en sus entrañas, para ofrendar su sangre a un dios terrible, rasgan el aire, cargan los oídos, de la violencia que el olor a sangre infunde en sus corazones. En un lugar lejano y en otro menos alejado, los gemidos que rompen el aire y cuartejan la vida son los de una doncella, los de un hombre o los de un niño, ofrecidos a un dios más terrible aún, más cruel que el anterior. Su culpa ha sido su desgracia: la de ser elegidos por un hechicero necesitado de mantener su prestigio y su poder ante la tribu.

La gente de este lugar ha caminado horas, días y noches para encontrarse. Para dejar a los pies de la Señora una ramita de romero aromático; un reconocimiento a su protección en los doce meses pasados. Y un ruego de protección en los doce meses que vienen.

No portan armas; ni escudos. Sólo llevan una rama de romero aromático y la ilusión transportada en sus cuerpos cansados. Las espadas no son útiles para cultivar la tierra; las espadas estorban para recoger el fruto. Sólo sirven para destruir; para matar seres, para cumplir el mandato cruel de dioses crueles. Dioses que no habitan estas tierras.

Aquí la música y la fragancia del romero son quienes llenan el espacio.

*Con las primeras luces de la mañana
le llevamos la ofrenda por sevillanas.
Rayando el alba, rayando el alba
la noche se retira, la luz avanza.
Que no se marcha, que no se acaba ¡ay!
que su luz resplandece por la mañana*

*Los pasitos hacen camino
los caminos son pa avanzar*

Aquí no hay sitio para el guerrero armado, atraído por el color, por los colores y los sonidos exuberantes.

- No quiero más que verlo ¿No conocéis la hospitalidad?
- Entrarás cuando dejes tus armas fuera
- Son para defenderme

El guerrero no entiende a una raza que no quiera luchar. Para él la guerra es una

necesidad vital que define al hombre. La guerra, para él, es la síntesis del hombre; él cree que sólo la huyen los cobardes.

- Aquí no te hacen falta. Despréndete de ella y serás uno de nosotros.

Sentado entre los nativos, el guerrero intentaba captar el sonido seco del tambor, acompasado al de la flauta. Quería entenderlo, hubiera querido interpretarlo, pero “-no es un tambor de guerra”

- Tenéis unas costumbres muy extrañas.

- Sí. *¡Que gente tan extraña! Son inadaptados.*

*En su trono de coral
la Luna espera orgullosa
le traemos el romerito
es la noche más hermosa*

*Ya comienza un nuevo día
ya acabó la madrugada
dejemos el romerito
en el ara de su altar*

- ¿No se pintan la cara para bailar sus danzas?

- Nuestras danzas no son guerreras; son danzas de amor.

- *¡Que gente tan extraña! ¿Por qué se oponen a algo tan viril como la guerra?*

Esta gente deberían adaptarse al sentimiento común... O serán conquistados por cualquiera que desee sus riquezas.

- Sois muy especiales. No hay forma de entenderos.

- Cuando estés dispuesto podemos explicarte lo que se necesario, para que no equivoques el juicio.

- Lo digo por vuestro bien. Deberíais hacer las cosas más fáciles a los que venimos de fuera.

- No necesitamos que nadie nos descubra. La cultura no puede adaptarse para complacer a los demás.

Y el guerrero termina integrándose, fundiéndose con el grupo que le ha acogido, y con su hospitalidad.



Desde su Atalaya privilegiada, en brazos de la hermosa joven, los dos niños contemplaban la escena, absortos y maravillados.

- Vamos -Astarté volvía a cortar el aire que elevaba su cabello-. Nos queda mucho que ver. Estad preparados.

II EL ORO DE SEVILLA

La luz se filtraba, tenue, desde los ventanales semicerrados, al otro lado del gran salón.

Acostumbrado a la penumbra hasta que le trasladaron desde la mazmorra húmeda y fría, allí *sentía* la luz. Aunque estuviera lejos, separada de él por los gruesos tapaluces, a través de los breves haces tamizados entre las pequeñas aberturas, podía palpar la presencia del jardín. La luz portaba el trino de las aves y el susurro del agua. Únicamente el peso de las cadenas, la presión de los grilletes, le impedían el disfrute. Y el aspecto: había algo extraño en el salón, tan vacío.

Sólo había pasado unos días en el habitáculo maloliente, reservado a los peores delincuentes; a los salteadores, a los estafadores.

A los traidores.

Pero él no era un salteador, ni un estafador. Ni un traidor. No sabía si había sido ese el motivo de su traslado. O quizá era por su posición. Y, sin embargo, estaba siendo tratado como el peor de los malhechores.

Desde que le detuvieron con una trampa en los muros de Denia, sólo había sufrido vejaciones.

Y amenazas.

Le aseguraban que el Rey quería su cabeza. Había llegado su final. El Rey quería su vida.

¿Su vida?

¿Por qué había de querer el Rey una vida que siempre había estado a su servicio, una vida que tanto había expuesto por él? Siempre la hubiera dado por él, siempre. Si ahora la perdía no iba a ser por él, su amigo, no iba a ser para favorecer su causa. No sería, no serviría para ayudarlo. Su muerte nada más podría constituir un preludio, el comienzo de otras muchas muertes, el principio del fin, incluido el del propio Rey.

¿Cómo era posible que no se diera cuenta?

La puerta se abrió, en silencio. Le llegaron suaves sonidos de pasos tranquilos, amortiguados, hasta que se cerró otra vez. Las cadenas le imposibilitaban todo movimiento. Las cadenas le atrofiaban los músculos; el anquilosamiento, la parálisis, terminarían con su vida de una forma lenta y dolorosa.

Mejor que fuera el verdugo.

Mejor perder ya el susurro del agua y el canto de los pájaros, que sentirlos apagarse lentamente, día tras día, con el peso de la mentira, más pesado que las cadenas cargadas por los celos, el engaño, la traición.

Pero no era el verdugo.

Por un momento olvidó el peso de las cadenas, la opresión en sus muñecas y sus tobillos, el dolor en su cintura y en su espalda; el peso y la opresión y el dolor que le impedían ponerse en pie para recibirlo. Y, aún así, todavía sintió más dolor por la figura vencida, la silueta recortada ante la puerta cerrada de nuevo tras él, que por sí mismo.

De haberle sido posible lo hubiera abrazado. Habría olvidado con gusto los días de sufrimiento y oprobio pasados, con tal de volver a ser el pañuelo, la respuesta, el sostén. El consejero válido y acertado. El amigo incondicional. Porque los amigos están para perdonar. Y para ayudarse.

Pero el que acababa de llegar no era el amigo. El que estaba frente a él, medio iluminado, medio difuminado por la luz que se colaba desde los ventanales, al otro lado del gran salón, no era un amigo.

Era el Rey.

Pero no era el amigo.

- He venido para hacerte pagar tu traición. Pero antes quiero que me digas por qué me has traicionado.

¿Traición? ¿Es posible hablar de traición? ¿Soy un traidor, yo, que he luchado, he jugado y he ganado para ti?

- ¿Traición? ¿Me llamas traidor? ¿Todavía no has aprendido a diferenciar a los traidores?

¿No gané Aledo, y Murcia, y negocié con Zaragoza, y vencí a Alfonso y le obligué a retirarse, cuando llegaba con un gran ejército, dispuesto a presentarte batalla?

- Tú me convenciste para que le pagara, para que le entregara nuestro oro. Lo hice porque confiaba en ti. - El Príncipe abrió varias ventanas; la luz entró a raudales en el enorme salón limpio, de paredes limpias, sin otro mobiliario que las cadenas que inmovilizaban su cuerpo- Y mira ahora: mira este salón, vacío.

- Vacío, sí. Vacío como los sentimientos de quienes te han utilizado.

- ¡Tú eres el único que me has utilizado!

Dejó caer sus músculos. Intentó relajarlos de la tensión en que los había puesto, imposibilitado para mover los brazos, vencidos por el peso de las cadenas. Mantuvo fija la mirada, clavados los ojos en los ojos del hombre, todavía poderoso, pero ya vencido. Él también se sabía vencido. Pero más vencido por los acontecimientos que por las cadenas.

- Ellos te han utilizado. Te han utilizado contra mí. Y contra ti. Te han utilizado contra mí, porque quise salvar al Andalus. Te han engañado para perjudicarme. Y, ya ves, te han perjudicado a ti y al reino. Fíjate, yo no soy más que un hombre, una persona. Puedo morir, como tu, como todos. Moriré y se habrá acabado todo. Pero al Andalus no. Al Andalus no debe morir

- No vas a morir más que tú. Tu ambición ha terminado contigo.

- ¿Mi ambición? ¿Eso te han dicho? Mi ambición eres tú. Desde que te conocí en Silves, Príncipe, todo lo que he querido en este mundo has sido tú. Tu bienestar y el de tu reino; mi reino.

El Rey se levantó, enérgico. Llevó su mano al cinto, la apoyó vigoroso en la empuñadura de su espada.

- ¡No soy muñeco de nadie! Has intentado que fuera un muñeco tuyo, has querido tenerme en tus manos y has jugado conmigo. Pero eso se ha terminado.

- Adelante, Príncipe; adelante amigo. Saca tu espada. Acaba conmigo. ¡Vamos! Calienta tu sangre con la mía... y luego espera tu fin.

- ¿Todavía tienes agallas para amenazarme?

- No, Mutamid, no. No te amenazo yo, te amenazan ellos. Tienes dos peligros: fuera te espera Alfonso. Dentro, el peligro son ellos, esos envidiosos, incapaces de soportar una sola buena idea; esos rastreros que cubren su ineptitud cargando culpas a los demás; los que intentan cubrir su inactividad destruyendo a los que trabajan. Créelos: sigue haciéndoles caso. Y cuando acaben conmigo irán por ti.

- Desahógate. Habla mal de mis amigos; insúltame. Es igual, puedo permitirte ese placer; después de todo, es lo único que te queda. Pero nunca volveré a creer en ti.

- Estás ciego, amigo. Cuando te des cuenta será tarde. Demasiado tarde. Ellos no buscan más que tu destrucción. Son los mejores agentes que tiene el castellano en tu reino, porque son falaces, egoístas; porque no piensan en su pueblo ni en el futuro. Quítame estas cadenas, si te atreves a comprobar lo falsos que son.

- ¿Falsos? ¿Acaso es posible encontrar alguien más falso que tú?

Por primera vez su vista se nublaba. Después de los días de cautiverio, de dolor, de vejaciones y de hambre, la incomprensión se hacía insoportable. Mucho más pesada que el hierro, capaz de descarnar sus huesos y de atrofiar sus músculos, hasta la parálisis.

- ¿Por qué crees que te he traído aquí?

La voz del Príncipe continuaba, crecida en el eco de la gran bóveda. En el vacío de la sala y en el de su incapacidad para asimilar tanta injusticia.

- Te he traído para que veas tu obra: esto *era* la sala del tesoro. Aquí estaba el tesoro del reino más rico de Europa. Mira lo que queda: nada. Se lo ha ido llevando Alfonso. Fue tu recomendación ¿recuerdas? Era preferible esperar, pagar para evitar una guerra. Debíamos prepararnos. Prepararnos ¿para qué? Ahora no tenemos dinero. Pero Alfonso sigue presionando. Sólo que ahora es más rico. Ahora vendrá por nosotros... *con nuestro dinero*. -El Rey subrayó sus palabras, con convencimiento- Esa ha sido tu obra. Y yo te creí. Por eso y por todo lo que has hecho, debes morir.

Volvió a mirarle fijamente a los ojos. Su mirada serena contrastaba con la del Rey, inyectada de odio.

- No, Príncipe, no. Vuelves a equivocarte. Mi obra ha sido la expansión de tu reino. La unidad de al Andalus.

El Príncipe le interrumpió, violento:

- ¿Expansión? ¿Unidad? ¿Dónde está esa unidad? Mis arcas están vacías. Y los ejércitos del norte son más fuertes y más insaciables que nunca.

- La unidad, Príncipe, sólo ha sido paralizada por ti. Por los intrigantes y medrosos, los que medran para obtener un puesto y ocultar su incapacidad. Ellos sí que son insaciables. Más que Alfonso y su gente, que ya debe estar disfrutando con nuestra desunión.

- Siempre fuiste un gran orador. Pero ahora no te va a servir de nada. Nunca volveré a confiar en ti.

Seguía sintiéndose más vencido por el abatimiento que por las cadenas. Eran más duras las cadenas que veía caer sobre su gente, que las que aprisionaban su cuerpo. Todo por culpa de unos cuantos especuladores de la felicidad de todo un pueblo, capaces de dividirlo, de enfrentarlo, de venderlo, con tal de ganar un poco de posición temporal, mientras creían ocultar su propia incapacidad.

- ¿Qué vas a hacer cuando lleguen los ejércitos del norte? ¿Te van a ayudar ellos? ¿Se van a atrever, van a empuñar ellos las espadas para defender a su pueblo?

¿Van a negociar, siquiera, o ya están defendiendo sus intereses? ¿O cuando nos dividen y te enfrentan a mí, están pensando qué puesto ocupar con Alfonso?

El Rey levantó los brazos, amenazador y los volvió a bajar, abatido. Aún le quedaba algo del cariño fraternal que se habían profesado.

- ¿Esperas hacer méritos criticando a quienes me son fieles?

El prisionero esbozó un amago de sonrisa. Una mueca burda, deformada por el dolor que iba minando todo su cuerpo.

- Llamas fidelidad a la adulación. Y yo te creía un hombre noble, un espíritu elevado... Desconfía de quien te adula para engañarte, antes de quien se atreve a decirte la verdad, por muy cruda que sea.

El Rey miró a todos lados, nervioso. Llegó a dudar si sería capaz de continuar allí, a su lado, y no abrir los grilletes y soltar las cadenas de quien, durante tantos años, había sido su amigo, cómplice, consejero, ayudante. Pero no debía dejarse llevar otra vez por la palabrería. Ya conocía la capacidad de persuasión del que había sido su gran Visir. Y había sufrido sus consecuencias. Las estaba sufriendo. No debía dejarse llevar otra vez. Quienes lo habían denunciado estaban en lo cierto: había sido vencido por su propia ambición.

- ¿Por qué te nombraste rey de Murcia?

- ¿Eso te han dicho?

Al rey le molestó más la sonrisa, la burla burda, deformada por el dolor, que la respuesta, breve e indirecta. El prisionero advirtió el efecto de sus palabras, y continuó, seguro:

- Pregúntale al señor de Los Vélez. Pero ve preparado con un ejército más fuerte que el suyo. Pregúntale a los santones, a tus ministros y a tus consejeros. Si no me hubieras privado de ese ejército, por hacerles caso a ellos, no hubiera tenido que recurrir a él.

No quería demostrar nerviosismo. No debía denotarlo.

Al Muramid no pudo evitar una vibración en todo su cuerpo. Ya no podía, no debía seguir escuchando. Aquel hombre no tenía remedio. Era incapaz de reconocer sus culpas.

- Escucha: quieres que reconozca una culpas que no tengo, unos delitos que no he cometido. He luchado por ti; he vencido por ti. He hecho lo posible por salvar a mi pueblo del saqueo del norte. Pero no he podido hacer más, por ti. Por tu culpa. En este momento no siento morir. Me pregunto qué le pasará a mi pueblo. A mi pueblo, que es el tuyo, no lo olvides.

- Nunca reinarás en Murcia, ni en ningún otro sitio.

- No lo intenté. Conservé Murcia como parte de al Andalus.

Sostuvo la mirada del Rey, la mirada dubitativa, temerosa a pesar de la diferencia de poder de aquel momento. El prisionero continuó seguro, digno, pero sin altivez.

- Antes de matarme, dime ¿cómo vas a defender a nuestro pueblo cuando lleguen los guerreros depredadores ansiosos de botín?

El rostro del Rey se iluminó. Había llegado el momento de desquitarse. Por haberle traicionado moriría con sus cadenas y con su ambición frustrada.

- No llegarán, Ibn Ammar; no entrarán en al Andalus. Les venceremos con la ayuda de Yusuf ben Tashufin.

A al Mutamid le alegró el gesto de abatimiento de Ibn Ammar. Lo vio vencido. Al fin había podido con él.

- ¿Habéis pedido ayuda a los almorávides? -la sonrisa triunfal del Príncipe se clavó en su cuerpo, más profunda que los hierros punzantes de las argollas-. Ellos no

vendrán a defendernos. Ellos también nos querrán conquistar.

- Ellos son nuestros hermanos. Tenemos su palabra. Y en su palabra podemos confiar. No todos van a ser como tú, ni como los cristianos del norte a quienes me has querido vender.

- ¿Puedes decir eso? ¿Puedes pensarlo siquiera?. ¡Cuanto error!, no tienes amigos. Cuando acabes conmigo habrás perdido al último. Los almorávides tomarán las casas, las ciudades de al Andalus; perseguirán a sus mujeres; os condenarán “*por depravados*” igual que hacen ahora los cristianos.

Habían dejado de preocuparle los insultos. Ni siquiera la gravísima e injusta acusación le importaba ya. Parecía que nada fuera capaz de aumentar su desazón. El estado de su cuerpo, dolorido, sobrecogido por el peso de las cadenas y la carga de los grilletos, le impedía llorar. Ibn Ammar llevó su vista, nublada, a donde estimó que debían estar los ojos del Príncipe.

- Recuerda lo que te digo: vencerán a Alfonso, sí. Y a ti te llevarán de camellero a África.

- Prefiero ser camellero en África, antes que porquerizo en Castilla.

* * *

Ibn Ammar no se movió.

No hizo ningún esfuerzo.

Esperó el golpe tranquilo, sin ni siquiera mover una pestaña.

La sangre se elevó, se desparramó, salpicó, iluminó la estancia y luego la oscureció.

La sangre llenó el suelo y las paredes y la cúpula.

La sangre purifica -dicen-. Pero la de Ibn Ammar no sirvió para salvar a un pueblo todavía irredento.

IV LA BATALLA

Los embajadores se detuvieron ante la lujosa tienda de campaña, mientras parte de su escolta entraba para anunciar su llegada.

Pasearon sus ojos, asombrados, por las telas suaves, volátiles; sus brillos, bajo los rayos del sol, acentuaban los tonos, hacían más grácil el movimiento impreso por el viento.

Miles de ojos estaban pendientes de ellos; curiosos, molestos. Habían tenido que dejar sus herramientas, sus mostradores, sus tornos y sus libros, para acudir a defenderse en aquel llano entre los montes.

Hacía diecisiete años de la última batalla. Faltaban tres días para que se cumplieran los diecisiete años, del día en que ese mismo ejército de labradores, artesanos, poetas, médicos y comerciantes, detuvieron el avance de las huestes depredadoras del norte. Pero ahora los otros habían adoptado su propio modelo. Lo habían aprendido desde entonces. Y la traición les había enseñado el camino para ponerlos frente a ellos.

Así continuaban, inexorables. Seguían su avance, cada vez más crecidos, cada vez más fuertes, con más apoyos. Toda Europa se había propuesto echarlos de su tierra; del último reducto civilizado y culto de Occidente. Querían las tierras ricas, las ciudades grandes y hermosas. Y el dinero de sus moradores. Lo querían para continuar la guerra, para hacer más guerras. Ahora, desde el taller, desde el campo, desde la biblioteca o desde la consulta, habían saltado directamente a enfrentarse con un ejército profesional preparado y numeroso. Muy numeroso. Varios oficios contra un sólo oficio: al otro lado de la línea habían convertido en oficio la guerra.

- Decidles a vuestros reyes que defenderemos nuestra tierra hasta nuestra última gota de sangre.

- La derramaréis.

- La derramaremos.

Si su Dios es el mismo que el nuestro, deberá haberse cubierto el rostro de la vergüenza de sus hijos.

Ellos viven para la guerra. La guerra es su oficio.

Y habían adoptado la misma táctica que les venció diecisiete años antes. Lo que antes había sido una técnica de defensa, ahora se convertía en táctica de ataque. Pero con un ejército mucho más numeroso, mucho mejor preparado. Ocho países contra un solo país, pequeño y pacífico.

Si su Dios es el mismo, hoy deberá tener los ojos cubiertos de la vergüenza de sus hijos.

Habían adoptado la misma táctica, porque hace diecisiete años los dejaron ir,

vencidos.

A quien se defiende le basta con vencer.

A quien ataca, no.

Ahora, dieciséis de julio, han quedado más de cien mil muertos en el llano, entre los montes. Es el principio del fin para un país pequeño, aislado y pacífico, crisol de culturas y sostén de la civilización.

Aquí terminan. La cultura y la civilización.

Más de cien mil cuerpos cubren el campo de batalla. Más de cien mil muertos. Más de cien mil saqueados.

A quien mata para conquistar no le basta vencer; le hacen falta las joyas, las armas, las ropas de fina seda, de algodón suave. La tierra no es botín suficiente. Aunque no pueda disfrutar esa tierra, mientras más de cien mil muertos sean más fuente de contagio que revulsivo, para unas conciencias aún más muertas que los muertos, incapaces de revolverse porque están muertas.

Sus conciencias tuvieron que morir, para ser capaces de matar más de cien mil almas; para dejar más de cien mil cuerpos pudrirse, desnudos en el suelo.

La victoria no podrá ser disfrutada. No tan pronto.

¿Quien cultivará ahora los campos?

¿Quien sacará el agua para regar la siembra?

¿Quien sanará las enfermedades?

¿Quien estudiará el sol, la luna y las estrellas?

¿Quien cantará a la noche, a la luz, al amor y a la paz?

*La Luna siente vergüenza,
se esconde tras las montañas
por los negros riscos huye,
Luna triste, Luna parda.*

*- ¿Díme Luna? ¿no eres madre?
¿O eres tan sólo madrastra?*

*- Soy madre ¿por qué preguntas?
Soy madre y llevo clavada
una espina, aquí en mi pecho,
una espina como espada,
por cada espada asesina
que en cada cuerpo se clava.*

*- ¿Por qué dejas que tus hijos
caigan bajo sus espadas?
¿Por qué dejas que la noche
llene de muerte tus alas?*

*- Soy madre.
soy madre y, como mis hijos,
nunca he manejado un arma.
Cuido los campos, los ríos,
los árboles, las cañadas.
Ellos tienen un dios guerrero*

*- Sin espada hay que enfrentarse
a la espada que te mata*

¿Quién ha dicho que los otros busquen el agua, ni la herramienta, ni la siembra?

*Ellos quieren el poder, la tierra.
la tierra desnuda y parda.
dónde el caballero caza.
La tierra es oficio bajo
para las clases más bajas.
La guerra es de caballeros.
Es privilegio de raza.*

V
LA JUSTA

1
EL DESFILE

La nube de polvo, espesa, cubría en gran parte los rayos del sol, al tiempo que acrecentaba su calor, arrancaba chorros de sudor a los cuerpos cansados. Los cascos de los caballos sonaban monótonos, sordos, en la tierra del camino, mientras el polvo apagaba el frescor de la hierba tronchada.

Los estandartes ondeaban al viento victoriosos. Y los rostros, sucios, deformados por el bochorno, por la marcha y la borrachera de la batalla, saludaban satisfechos: al aire, a la ciudad ya cercana, a la misma complacencia en su propia victoria.

Ya había transcurrido un día desde la batalla. Un día largo y alegre como el camino, desde la frontera hasta la ciudad, que les esperaba engalanada y orgullosa; tan orgullosa como el victorioso ejército. Las sonrisas abiertas de los rostros triunfantes, dejaban ver el dolor de la pelea, la dureza empleada en la lucha; las hileras de dientes perdidos por la piorrea, producto de una desconocida higiene. Pero aún llegaban a la vista de las murallas invictas, satisfechos, más inflados de gloria, que pendientes de los lamentos de los heridos, transportados en parihuelas.

El adolescente saltó desde su puesto de privilegio en la tribuna levantada a la puerta de la fortaleza. Entre la nube de polvo que parecía convertir a los vencedores en un ejército casi fantasmal, destacaban las dos figuras de su predilección: sus dos modelos. Cientos de miradas se posaron en ellos y el muchacho sintió como el orgullo más legítimo le inundaba.

Desde la tribuna, la condesa no pudo, o no supo, o no quiso, contener su contrariedad:

- ¡Niño engreído y caprichoso!

Él no escuchaba a la condesa. Corrió hacia ellos. Su padre y su hermano cabalgaban en primera línea. Destacaban porque dirigían el cortejo; y sobre todo por su rango y su porte. Él corrió directo hasta el joven, situado junto al rey. Llevaba manchas en la coraza, en el yelmo. Sólo la capa morada, celosamente guardada para aquel desfile triunfal, se mantenía impoluta. Mientras corría hacia él, admiró una vez más su apostura, su elegancia, su marcialidad sobre el caballo, las dotes que le

hacían resaltar en medio del grupo, todavía amalgamado de guerreros. Y aumentó su deseo de crecer, para semejarse a él.

- *“Cuando sea rey, nada me separará de él”.*

Los caballos retuvieron ligeramente la marcha ante la carrera del adolescente que, con tanta agilidad como estupor en los demás, saltó a lomos del caballo para abrazar a su hermano, eufórico:

- ¡Enrique!

El joven conde no podía ocultar su desagrado. Se deshizo, con esfuerzo, de los brazos férreamente sujetos alrededor de su cuello, para reprender el acto, a su juicio irresponsable.

- ¡Déjame! ¿Qué haces tú aquí? Tu sitio está en la tribuna, esperando nuestro paso.

Pero el muchacho estaba sordo a las reprimendas. Sólo deseaba disfrutar el espectáculo; desde dentro. Desde la cercanía y el calor de las personas capaces de llenar su espíritu y su ansia: su padre y su hermano.

- La próxima vez quiero ir con vosotros.

- Aún te falta mucho.

- Ya sé luchar. Te lo puedo demostrar.

La risa le quitaba fuerzas para despegar las manos de su coraza. La risa era más mecánica que su molestia y que el tono autoritario de su voz.

- Aprende, primero, a guardar distancias con los moriscos.

Pero el príncipe adolescente, hoy, estaba sordo a las reprimendas.

- Mañana te lo demostraré.

Antes que su hermano pudiera reaccionar, había saltado al caballo del rey. Desde la tribuna, la condesa miraba seria, circunspecta. *“Niño malcriado y caprichoso”*. Su enfado era tan visible como la preocupación de sus damas, incapaces de hacer algo para evitarlo. Le hubiera mandado a su guardia para que se llevaran de allí a aquel niño testarudo, protagonista y maleducado. Pero ella, por muy Señora que fuera de aquellos estados, no tenía autoridad sobre el joven príncipe. La sonrisa volvió a sus labios cuando vio el enfado del rey. El enfado de un rey es un real enfado. Aunque no pudo oír el correctivo, estaba quedando claro. El príncipe volvía a la tribuna, serio. La euforia había desaparecido de él.

Cuando la comitiva empezó a traspasar la puerta de la muralla, la condesa cruzó su mirada con la del rey. Agitaba su pañuelo, como todas las damas que presenciaban el desfile, para animar, para dar ejemplo a las demás damas. Para dirigir el griterío del populacho de a pie, abigarrado a ambos lados de la puerta y de la muralla. Y para cubrir, a la vista de los demás, el mensaje mudo que enviaba al rey, envuelto en su sonrisa semioculta. No les era preciso hablar, ambos sabían expresarse con la mirada.

Luego miró, orgullosa, al conde. Su hijo le pareció más esbelto, más animoso, más valiente que nunca. - *“Serás el mejor rey que tenga Castilla”*. Entonces sintió la algarabía; desvió su mirada hacia arriba, al palco de preferencia, donde el joven príncipe festejaba, con sus pajes y sus amigos, la llegada de los guerreros victoriosos. Volvió la cabeza delicadamente, como correspondía a su rango. Delicadamente, pero no pudo evitar el gesto de fastidio, respuesta a la desagradable visión que se ofrecía a sus ojos.

- *“Niño malcriado y caprichoso. Siempre jugando con herejes”*

2 EN EL JARDÍN

El príncipe miró a todas partes, con sigilo. Tomó la mano de Zoraida y la envolvió en el arrullo de su mirada. Tiró de ella hacia dentro, al interior del seto, donde el jardín se hacía más espeso y los arbustos eran capaces de esconder sus cuerpos, cada uno deseoso del contacto del otro.

Su sonrisa era una caricia para la joven. Se acunó en su cuerpo, palpó los brazos robustos y dejó que los labios le regalaran todo el fuego y toda la dulzura que sólo la sensibilidad de un adolescente enamorado era capaz de transmitir.

Entre sus brazos no era una esclava. No tenía entre sus brazos a un príncipe. O quizá, sí: un príncipe de la ternura; un ser superior, capaz de comunicar las más hermosas sensaciones. Él se entregaba y lo entregaba todo. Más que para reinar, aquel chiquillo adorable parecía haber nacido para amar.

No sabían cuanto tiempo llevaban hechos uno, cuando les inquietaron las voces. Zoraida se incorporó, apoyada en el hombro vigoroso. Sus dedos todavía paseaban por la piel tersa, suave, del rostro aún carente de barba.

- ¿Dónde está Suleimán?

- Ahí, con Isabel. ¿Es que no lo oyes?

Claro que lo oía. Por supuesto, ¿como no lo iba a oír? Suleimán era el joven más ruidoso que jamás había conocido. Sus jadeos debían tener en vela a todo el castillo. Eso era un motivo más de preocupación para ella.

La serenidad del joven príncipe contrastaba con sus nervios y su incapacidad para ocultarlos. Temía por todos, por ella, por los amigos, recostados al otro lado del seto; y por el príncipe. Sobre todo por el príncipe. Allí reinaba alguna influencia negativa, extraña, algún poder maléfico. Una especie de fuerza telúrica que negativizaba lo positivo. Por más tranquilidad que él rebozara, el príncipe no podía estar seguro en un castillo de la condesa. Debía transmitírselo, hacerle comprender. Pero él no creía en los presentimientos, no creía en los poderes ocultos ni en la fuerza de la negatividad. Sólo creía en el poder de los sentimientos. Se miraron de cerca, ella seria, él, todavía cómico.

Comprendió la preocupación de su compañera y acercó el rostro al seto, que les separaba de la otra pareja, para llamarle, enérgico, en voz baja.

- Suleimán, que vas a alarmar a todo el castillo.

Poco rato después, charlaban animadamente, sentados dentro del jardín pero

ya en una zona abierta, protegidos por la sombra de los árboles. Al grupo se habían unido Hassan, Pero, Elías, Saray, Hâkim, Sisnando y todos los amigos y amigas, cristianos viejos y nuevos, judíos y musulmanes, que componían su grupo de íntimos. A su lado, el barranco, cortado por el paso constante del río; constante y pequeño, allá abajo, en la lejanía, el Guadalete, tan inofensivo, parecía incapaz de erosionar la piedra hasta crear aquel perfil agreste, de belleza salvaje.

- ¿Lo tenéis todo preparado?

El príncipe recorría con la mirada a sus acompañantes. Suleymán confirmó, con palabras, el gesto de asentimiento de los demás compañeros.

- Todo. Todo está preparado.

- ¿Habéis probado la concha?

Yunus insistió, convencido.

- Todo está a punto.

- Sabéis lo que tenéis que hacer ¿verdad?

- Puedes estar tranquilo. No fallará nada.

- Tú ocuparás el asiento, Suleymán.

El interpelado se sintió halagado. Tanto como preocupado por el resultado. Por las consecuencias, por la eficacia de sus actos y por el éxito de su amigo, el príncipe. Consecuente, manifestó seguro su desacuerdo.

- No puede ser, príncipe. Sabes que por ti haré lo que sea necesario. Pero mira el tono de mi piel: me descubrirían en seguida.

- Está bien. Yunus, tú... -el gesto de contrariedad del judío y el ruido de los pasos que se acercaban, acelerados, le estaban pidiendo una solución rápida- Mejor tú, Pero. Tú también eres rubio.

El aludido asintió sin palabras, consciente tanto de la necesidad del éxito, como de la inquietud que preocupaba al príncipe. El ruido de la carrera les mantenía a todos serios y en silencio. Por fin se relajaron, momentáneamente, al encontrarse frente a ellos a Fernando, el escudero del príncipe.

- ¡Señor, señor...!

El príncipe se incorporó, extrañado. Desvió su sonrisa al recién llegado, jadeante, cansado y sudoroso. La misma extrañeza se dibujaba en los rostros de todos los presentes.

- ¿Ahora me llamas “señor”? Vamos, ven. Siéntate aquí, con nosotros.

El escudero hizo una señal con la cabeza, para intentar mostrar lo que sus palabras no podían describir.

- No... Señor. Es... la Justa.

Por fuerza debía ser breve. No sabía como hablarle para hacer de su voz un aviso. Quería señalar detrás de él, sin que las señas le delataran. Por fin, los demás comprendieron. Pocos metros detrás del joven, caminaba un destacamento de soldados de la guardia del rey. Vestían impecablemente el uniforme de gala, propio para la ocasión.

Los soldados llegaron hasta el grupo de jóvenes y saludaron respetuosamente al príncipe.

- Nos manda vuestro padre, el Rey. Traemos orden de escoltaros hasta la tribuna.

El príncipe se incorporó. Aunque aún no había cumplido los quince años, su porte y su estatura imponían admiración y respeto. Su sonrisa casi permanente, era franca y sincera. Y su forma de hablar transmitía seguridad.

- ¿Mi padre cree que puedo presentarme ante el pueblo vestido de esta manera? Os lo agradezco. Volved y decidle que voy a cambiarme. No necesito

escolta. Aquí estamos en territorio propio, rodeados de amigos.

- Señor... son órdenes del Rey.

- Está bien. Acompañadme si queréis y esperad a que me lave y me cambie.

Mis asistentes vendrán conmigo.

A una señal suya, los demás jóvenes se levantaron y emprendieron el camino en dirección distinta. El príncipe continuó andando, acompañado de Fernando y discretamente seguido por los soldados de la guardia.

3 EL CABALLERO DE BLANCO

El caballero entró, de pronto, en el campo. Como una aparición. El yelmo sólo dejaba ver unos ojos claros, profundos, expresivos, que recorrían el espacio como si examinaran uno a uno a todos los contendientes y a todos los asistentes. El color blanco de su armadura, tan blanca como el caballo andaluz que montaba, se recortaba en el fondo azul del horizonte, resplandecía al devolver el brillo de los rayos solares, rebotados en el pulido metal.

Los caballeros sintieron el silencio contenido de las damas, como una afrenta. Todos los ojos estaban clavados en él. Incluso la condesa era incapaz de desviar su mirada, atraída por la seguridad y apostura del caballero desconocido.

Yunus dejó escapar su alborozo incontenible. Saltó, apretujado entre el público y arrancó sus aplausos: era la espita que todos necesitaban, para mostrar su aprobación al recién llegado. Quienes ocupaban la tribuna, tan sorprendidos y satisfechos como el resto, se pusieron de pie. El príncipe también se incorporó, para superar la barrera de cuerpos que le ocultaban el campo a la vista.

Se levantó, se estiró, de puntillas, para dominar mejor el campo con la vista. La condesa lo observaba, nerviosa. Estaba perdiendo la compostura. Aunque esa virtud la había perdido mucho tiempo atrás. Ni siquiera la había conocido. Al menos, eso le parecía a la condesa. La actitud del príncipe, de puntillas, husmeando, prácticamente metiendo la cabeza entre la muchedumbre, cada vez le resultaba más molesta a la condesa. Entonces ocurrió.

Entonces se produjo el desenlace. La condesa, situada detrás del príncipe, nerviosa y colérica, por la falta de compostura del adolescente regio, tiró con fuerza de la capa, para obligarle a sentarse de nuevo. Con tanta fuerza que la hizo caer de sus hombros. La capa, al caer, arrastró con ella el tocado con el que el joven príncipe protegía su cabeza. La exclamación de la condesa llamó la atención del rey, quien volvió la cabeza hacia ellos.

- ¡¿Qué es esto?!

Hizo falta una pregunta del rey, nada más. Tres palabras. El rey no podía mostrar alarma. Y, sólo con sus tres palabras como ariete, la guardia se abalanzó sobre el joven Pero, asustado y temeroso al ser descubierto ocupando el sitio y la ropa del príncipe.

- Buscadle y traedlo a mi presencia. Mirad en el jardín, en las habitaciones, en

la torre.

Los soldados sujetaban enérgicamente a Pero, inmovilizado en el suelo.

- A ese encerradlo. Ya lo interrogaremos luego, cuando acabe el Torneo.

Mientras el joven Pero caminaba con dificultad, empujado más que conducido por los guardias, el rey intentaba calmar su nerviosismo. Un rey no podía mostrar su preocupación; debía mantenerse hasta el final del torneo. Los soldados sabrían tratar al impostor como se merecía. Pero tenían que encontrar a su hijo. ¿Donde podría estar? ¿Qué le habría pasado al príncipe? Entre el público, abstraído en la aclamación del caballero de blanco, nadie había reparado en lo sucedido.

El rey alzó la mano, y las trompas anunciaron el comienzo de la competición. El caballero de blanco debería afrontar su primer desafío. A partir de aquel momento, todo brillo y apostura holgaban: en el torneo sólo se enfrentaban el valor, la fuerza y la habilidad sobre el caballo. Nada más. Y nada menos.

El silencio se hizo denso, espeso, cuando los dos caballeros estuvieron frente a frente. Recorría el público una corriente de simpatía hacia el de blanco, tan misterioso como atractivo a sus ojos. El silencio se hizo más palpable, cuando el caballero levantó la mano, pidiendo permiso para hablar. En realidad todos esperaban hacía rato aquella voz, que sonaba metálica, tal vez por efecto de la coraza que cubría su rostro. Era una voz especial, misteriosa; tan misteriosa como el propio recién llegado. Sonaba extraña, tan extraña como él. Vibraba como si fuera una voz de otro mundo.

El rey asintió. El caballero hizo su petición.

- Mi victoria, a cambio de la libertad de estos esclavos.

Señaló a Zoraida, Suleimán, José, Tomás, Hâkim. A todos los jóvenes moriscos, colocados en primera fila. Al rey le extrañó la petición. Más que extrañar, le molestaba que aquel desconocido le pidiera la libertad de los servidores de su hijo. Lamentó hallarse en una justa. ¿Acaso era un moro dispuesto a llevarse a todos los de su raza? En otra situación hubiera hecho detener a aquel insolente, pero allí no podía negarse. Únicamente podía acceder a la petición. De todas maneras, estaban creciendo; ya tendría ocasión de obtener algunos más, en alguna razzia por la frontera de Granada.

Pero... el caballero pedía permiso para hablar otra vez. ¿Qué más estaría dispuesto a pedir ahora, a cambio de su victoria? ¿No había obtenido suficiente? El rey se acomodó en su asiento. Después de todo, aquel misterioso caballero bien podía pedir: para obtenerlo tendría que vencer. Vencer a sus campeones. Ahí se acabarían sus fanfarronadas. Se dispuso a acceder a una nueva petición, seguro de que, fuera lo que fuera, el otro nunca sería capaz de conseguirlo.

- Y la del joven que acaban de encerrar en la torre.

¿Como podía haberse dado cuenta? El joven, detenido un momento antes por la guardia, era cristiano. ¿Tan seguro estaba de su victoria, frente a un enemigo fuerte, como el que tenía enfrente, para atreverse a pedir tanto? Debía tratarse de una fanfarronada. La confianza en su derrota no conseguía aminorar el malestar que aquella petición provocaba en el rey. Pero tenía que demostrar firmeza. Y se dispuso a seguirle el juego. Quizá fuera mejor seguirle la corriente.

- Pedís mucho, caballero. -el caballero de blanco continuaba sobre su caballo, arrogante. El rey quería ponerle a prueba- ¿Sabéis siquiera lo que ha hecho? Ese joven vale al menos tres justas.

- De acuerdo, Majestad. El joven, a cambio de tres victorias.

El rey estuvo a punto de perder la serenidad; casi desenvainó la espada. La sangre le subió a la cabeza, pero debía contenerse. Debía comportarse como un rey

en una justa. La condesa le dedicó una mirada, irritada. El caballero sólo podría ser un insolente, que debía ser retirado del campo cuanto antes. Lamentaron que las leyes de caballería impidieran darle el trato adecuado a su comportamiento. El rey consiguió dominarse. Se relajó. *De todas maneras, era fuerte, pero no demasiado corpulento. No resistiría al primer contrincante.*

Unos minutos después, las aclamaciones sonaban punitivas. Eran como un castigo en las sienes del rey y de la condesa. El caballero aunaba fortaleza y habilidad, a pesar de su estatura y corpulencia, muy inferior a la de los dos caballeros derribados. Ya tenía ante sí al tercero. Lo esperó, tranquilo. Desde dentro del casco cerrado, sus ojos parecían enviar una sonrisa ¿Tal vez era descarado, fanfarronería?... no sería extraño. ¿Tan lejos llegaba su seguridad? En cualquier caso era una seguridad chocante, casi humillante; estaba a punto de conseguir todo lo que había pedido.

Y lo iba a conseguir. Enfiló su caballo frente al del caballero, que ya iba en su busca. Las lanzas se cruzaron, violentas, rota la de su oponente; tan rota como su equilibrio. Fue una embestida brutal, como para haberles derribado a ambos. Pero el de blanco se mantenía firme, arrogante sobre su corcel, como si fueran una misma cosa. Se volvió, despacio, desde el final del campo. Apoyó su lanza en el suelo y esperó. Esperó, mientras los mozos de su contrincante le quitaban el yelmo y le retiraban trabajosamente. Tranquilo, parsimonioso, como si saboreara las aclamaciones del público, el caballero se volvió hacia el rey.

Enfiló su caballo y se colocó ante el palco del rey. Esperaba la aprobación real a los acuerdos anteriores. Se hizo de nuevo el silencio, a la espera de la decisión real. Los jóvenes de primera fila ya saltaban, gozosos: era cuestión de minutos, de segundos. El rey no podría echarse atrás, había empeñado su palabra. En unos minutos serían libres, libres. Y podrían reunirse con Lope, también libre ya entonces.

El rey alzó la mano, dispuesto a corroborar los compromisos. El caballero empezaba a descabalgarse, para escuchar la real voz desde el suelo. Pero se le adelantó otra. Sin ni siquiera darle tiempo a bajar del caballo.

- ¡Un momento!

Las aclamaciones fueron cediendo, hasta hacerse el silencio otra vez, mientras las miradas se volvían. Todo los ojos estaban ahora pendientes de Enrique, montado en su caballo, en el mismo lugar donde un rato antes había caído el último de los vencidos. Su figura, también arrogante, también esbelta, parecía la única capaz de dividir las simpatías de los presentes. El joven conde se dirigió respetuosa, y firmemente al rey.

- Exijo el derecho a enfrentarme con este caballero.

Las ideas se sucedieron y se entrecruzaron en la mente del rey. Quería terminar cuanto antes, quería poder ausentarse, para dirigir personalmente la búsqueda del príncipe, si los guardias aún no le habían encontrado. Pero Enrique tenía todas sus simpatías. Después de Pedro, era su hijo preferido. Y era el único que podía dar una lección al engreído caballero de blanco. Aquel misterioso caballero habría encontrado su horma. Merecía la pena esperar un poco más.

La condesa se revolvió inquieta, entretanto. Era su hijo quien se iba a enfrentar a aquel caballero que, por muy insolente y engreído que fuera, había vencido a tres campeones. Se dirigió al rey; Intentó hablar, pero el rey no la oía. Ya había tomado su decisión.

- ¿Qué condiciones pones a tu victoria?

El conde giró su caballo en dirección al palco real y le respondió, convencido.

- Vencerle. Sólo quiero el derecho de vencerle y acabar con él.

El asentimiento del rey fue pisado por las aclamaciones. Para la inmensa mayoría, y aunque las simpatías se dividieran entre los dos gallardos caballeros, verles competir sería un espectáculo de la mayor altura. Enrique ajustó su casco y exclamó, impetuoso:

- ¡A muerte!

Algunos desaprobaron con el gesto. Querían verles luchar, querían un enfrentamiento noble, pero las simpatías que despertaban ambos caballeros hacía que les repugnara la muerte de alguno de ellos.

El caballero de blanco, sin moverse del mismo sitio, sin denotar nerviosismo en el tono ni en la voz, replicó. Su voz sonaba vibrante, convincente, sincera:

- ¿Por qué ha de morir alguien, señor? La victoria no será mayor con la muerte de uno de los dos.

Enrique se sintió crecido, creyó ver el miedo entre las ranuras de la coraza de su oponente.

- ¿Tenéis miedo?

El caballero de blanco preparó su lanza. Tomó las riendas del caballo y, todavía sereno, contestó al desafío:

- No es miedo el sentimiento que se niega a matar. -Se ajustó la lanza al costado. Todos esperaban el comienzo inmediato de la carrera, pero él, todavía, terminó su plática- Es amor. Por eso no os mataré.

Ambos espolearon sus caballos al mismo tiempo y se lanzaron, veloces, el uno contra el otro. El caballero de blanco había demostrado su destreza, pero el conde era fuerte, hábil, corpulento y entrenado. Un buen jinete y un buen guerrero. Estaban muy distantes, cada uno situado en uno de los extremos del campo. La carrera era larga, el encontronazo debía ser violento. Posiblemente fatal. El conde llevaba su lanza preparada, alzada. No buscaba la lanza enemiga, ni la coraza, tal vez demasiado protectora. Iba en busca de la cabeza, quizá del cuello. Si le despojaba del yelmo, le haría más vulnerable y tendría abierto el camino hacia la victoria.

El tiempo parecía haberse detenido por completo en un instante. El silencio era tan intenso que podía sentirse; medirse. Incluso las nubes de polvo a espaldas de cada uno de los contendientes, parecían hechas para mantener el suspense. El resultado, incierto, había detenido hasta el latir de los corazones. Las simpatías que despertaba el joven conde, se contraponían y se superponían con las recién levantadas por el valiente caballero recién llegado.

Faltaban pocos metros para el encuentro. Entonces, el conde espoleó su caballo y aceleró su carrera. Apretó la lanza sobre su costado y se preparó para el tropiezo. Las respiraciones, contenidas, vieron en un momento el final de la aventura del desconocido, con la victoria de Enrique.

Un suspiro largo, una emoción reprimida, acompañó la pasada de los dos caballeros. Nadie sabía cómo había podido hacerlo, hubieran jurado no haberlo visto; pero el de blanco había esquivado hábilmente la brutal embestida de Enrique y, al mismo tiempo, le había golpeado fuertemente en la cabeza. Tan fuertemente, que el conde había vacilado, se había tambaleado sobre su caballo, aunque finalmente había podido recuperarse. No había querido herirle. Todos se dieron cuenta, sintieron la intencionalidad en el movimiento. Ahora aprobaban la valentía y ecuanimidad del recién llegado. Arreciaron los vítores. Algunas voces pidieron el fin de la pelea, temerosos de que alguno de los dos pudiera recibir daño.

El conde, aún aturdido, llegó hasta el final del campo. A medida que se recuperaba, lentamente, recomponía su figura y su estrategia. El de blanco esperó, tranquilo, sosegado, la decisión que tomara el conde. Cuando vio que éste se

colocaba de nuevo la lanza en ristre y se preparaba para embestirle de nuevo, se preparó él también.

En el siguiente encontronazo, Enrique se había preparado a conciencia. Esta vez no le esquivaría tan fácilmente. Sólo precisaba derribarle y luego rematarlo en el suelo. Él había gritado “a muerte” y mantendría su condición siempre. Él siempre mantenía su palabra. Derribarlo era nada más cuestión de fuerza y de destreza, de dominio de la cabalgadura. Nada más. Y de todo era él maestro. Nadie le había superado hasta entonces. Y no podía ser aquel advenedizo el primero.

Se lanzó sobre él con toda su fuerza. Tenía ya el cuerpo enemigo ante la punta de su lanza. Su ímpetu era capaz de arrollar a un ejército entero. No pudo ver como había sido posible que aquel extranjero -porque solo podía ser un moro, criado en el desierto, quien le atacara de aquella manera- le arrancara la lanza de la mano tan limpiamente, sin herirle, sin rozarle. La cólera le invadía: lo había desarmado, lo había dejado en ridículo en medio de toda la concurrencia, delante de todo su pueblo.

Desenvainó la espada, colérico, pero el otro se había detenido y había apoyado otra vez su lanza en el suelo. Su voz sonaba serena y segura, como siempre. Y vibrante; reverberaba de una forma extraña. Como si fuera el mismo eco quien hablara.

- Podéis coger vuestra lanza, caballero.

Alargar el combate sólo podría servir para certificar la victoria de su oponente; el caballero de blanco seguía tranquilo, sereno, mientras él estaba dominado por los nervios, la rabia y el sabor de la derrota.

La condesa miraba a todos lados, cada vez más intranquila. Detuvo su vista en el asiento vacío, que hubiera debido estar ocupado por el príncipe desaparecido; luego la llevó hasta el atrevido caballero, responsable de hacer caer en ridículo a su propio hijo. - *Hoy es el mejor día para morir.* Aclaró sus ideas con decisión: - *No ganarás esta batalla.* Se retiró, discretamente, de su asiento, bajó de la tribuna y llegó hasta un hombre sentado en el suelo, junto a los caballos. Era un hombre de estatura media, más bien bajo, aunque de compleción fuerte.

- Bertrand...

El hombre se incorporó. Su rostro, cuadrado, de facciones duras, muy marcadas, estaba curtido, señalado por la lucha más que por el trabajo. Usaba una capa blanca, gastada y sucia. Nadie sabía cuanto tiempo podría llevar allí, sentado, esperando. La condesa terminó de hablarle, escueta:

- ... las bolas.

Se separaron en direcciones opuestas. La condesa subió de nuevo a la tribuna; nadie se había percatado de su salida. Bertrand se perdió entre el público espectador, como si buscara un lugar desde el que presenciar más cómodamente la pelea.

Agachado, se colocó en primera fila. Los dos contendientes ya cabalgaban otra vez al encuentro del otro. La gente ahora, segura de la victoria del caballero de blanco, no callaba: jaleaban, aplaudían, aclamaban al victorioso y elegante caballero desconocido. La tibieza de unos y la indecisión de otros, divididas sus simpatías entre la tradicional por el conde, y la reciente por la magia del recién llegado, se habían acentuado sobre este último, prendados de su elegancia, de su presteza y de la limpieza de su pelea.

Bertrand, el hombre burdo cuyos servicios acababan de ser reclamados por la señora del lugar, cogió en una mano las dos bolas, unidas por una cadena flexible. Las movió y las lanzó con fuerza. “... *no decido ganador, pero ayudo a mi señor*”. Pensó en la victoria de su admirado y amado amo. Se estimó a sí mismo por el servicio - secreto- que le prestaba en ese momento. Que no trascendiera no importaba nada.

Que únicamente él y la señora lo supieran, no le molestaba. Con que ella lo hubiera pedido tenía suficiente. Más, porque lo había pedido para su hijo, para el conde, para su modelo de hombre. Le prestaba un servicio a su señor, y eso era para él la satisfacción más grande que pudiera imaginarse.

Observó, cuidadosa y disimuladamente, el recorrido del proyectil. Se retiró de inmediato, de la misma forma discreta en que había llegado: a gatas, en cuanto comprobó que las bolas estaban a punto de cumplir la misión con las que habían sido fabricadas y lanzadas por él en aquella ocasión.

La cadena se enredó en una de las patas del caballo blanco del caballero de blanco. El caballo cojeó, vacilante, lo que provocó una desventaja a su jinete. El conde aprovechó la oportunidad que se le brindaba de manera tan gratuita como inesperada, y le asestó un terrible golpe, que le hizo desmontar con violencia. El ruido metálico de la armadura al chocar con la arena, quedó apagado por el grito casi ahogado por el miedo y el estupor de los espectadores. El dolor se apoderó de ellos, algunos levantaron la cabeza, muchos se incorporaron, para dominar mejor una escena en la que aún viendo, no creían.

El conde continuó su cabalgada hasta el lugar donde había caído su contrincante y dirigió contra él, con todo su coraje, la punta afilada y mortífera de su lanza.

La voz, imperiosa, se alzó por encima de las voces que, aún deshechas por lo imprevisto, rechazaban el sacrificio. La voz detuvo el brazo del conde, sólo unos milímetros antes de que se consumara su intención criminal.

- ¡Quieto!

Enrique se volvió ante la orden imperativa del rey. Él habría querido rematar su faena. Había dicho "a muerte" al comenzar el combate, y él siempre cumplía su palabra. ¿Por qué el rey se empeñaba ahora en quitarle el sabor a su triunfo? El rey se adelantó a sus pensamientos para contestar su muda pregunta, viva en la expresión de sus ojos.

- Él no había aceptado esa parte del reto. La justa ha terminado. Que el vencido se quite el yelmo.

El caballero de blanco se levantó del suelo, parsimonioso. Seguro, a pesar del trance recién pasado. Con la misma serenidad con que había mantenido todo el torneo, se colocó junto a su caballo, se agachó; le quitó la cadena enredada en el pie y la mostró al estrado, ante la exclamación jubilosa del público. Luego se quitó el casco, lo tomó en su mano, sujetó en la otra la concha marina que había usado para deformar su voz y saludó al rey, sonriente y reverencialmente.

Entre los aplausos enfervorizados, entre los vítores y gritos de aprobación de los presentes, abrazó a su hermano Enrique.

Luego subió a la tribuna, entre aclamaciones. El público quería tocarlo, apretar sus dedos, rozar su armadura invicta, acariciar su rostro lampiño. En el palco presidencial saludó a la condesa respetuosamente; besó a su padre, el rey, y se sentó a su lado, en el asiento que Pero había dejado libre un rato antes, forzado por los guardias.

El rey ordenó que continuara el torneo, ya completamente tranquilo.

La condesa, visiblemente excitada, se dirigió a él, olvidada del protocolo:

- Ha sido una victoria ilegítima, porque ha falseado su personalidad. No deberías concederle las condiciones que impuso. Estás eximido de tu compromiso.

El príncipe apoyó una mano en el hombro de su padre, y se volvió hacia la condesa:

- No deberíais hablar así, Señora. Sois injusta conmigo.

La condesa retiró el rostro, molesta con su propia impotencia.
-Te equivocas, niño. Yo soy La Justa.

4
LA HERENCIA

Las puertas de la ciudad estaban abiertas como en las grandes solemnidades, como en las grandes festividades. Pero el ambiente era otro. Muy distinto. El silencio, sólo roto por el sonido ronco, monocorde, de las campanas, arrojaba el recogimiento. Preocupados unos, triunfantes otros, sobrecogidos muchos, todos esperaban el paso del cortejo solemne. Tan solemne como la ocasión.

Cubiertos de polvo, de sudor, esta vez triunfantes pero vencidos. Vencidos por el dolor, por la pérdida; por la tragedia que siempre supone una pérdida que lleva un cambio en estos años de violencia. Los labios rotos, no se abrían en complacientes sonrisas. Las aclamaciones habían cedido sitio: ahora el espacio tan sólo era invadido por un silencio espeso.

Los ojos mudos cruzaban mensajes lacónicos; preguntas que nadie podría contestar todavía. Hasta los lamentos de los heridos parecían haber cedido, para mantener el más cuidado respeto al cuerpo inerte de Alfonso.

El carro con el féretro cruzó las puertas. El sonido seco de los tambores se unió al tañer de las campanas. Los presentes bajaron la vista, respetuosos, al paso del cadáver de su rey.

¿Qué pasará ahora?

La pregunta se extendía de unos a otros, entre las miradas perdidas, entre los labios resecos y silenciosos; se expandía en el polvo que los cascos de los caballos y las botas de los soldados levantaban al camino de albero.

¿Qué pasará ahora? ¿Se vengará de la condesa? ¿Se vengará de sus hermanos?



- Debierais encerrarlos, Majestad. Dad la orden y mandaré un ejército a Arcos para que los detengan y sean juzgados por traidores.

El príncipe se incorporó. Las palabras del Comendador le sonaban hirientes en las sienes. Nunca había abrigado la intención de condenar a la condesa ni, mucho menos, a sus hermanastros, a quienes quería como hermanos. Repondría a su madre, *claro que sí*. Pero la condesa podría seguir viviendo y hacer vida normal en sus

estados de Arcos.

- Comendador, os agradezco vuestro interés. Pero, al menos, esperad mientras esté insepulto el cuerpo de mi padre.

- Pero Majestad, mientras más esperéis...

- Primero mi padre.

La determinación del príncipe no dejaba espacio a la discusión. Sus quince años parecían haberse crecido como su corpulencia. Tras su rostro infantil destacaba su carácter, su decisión. Pero él, el Comendador de Calatrava, tenía la obligación de velar por la seguridad del reino. Y el reino no estaría seguro mientras la condesa y sus hijos tuvieran libertad para conspirar.

* * *

- Os lo repito, Comendador. Contáis con toda mi confianza como os la otorgó mi padre. Pero prefiero integrar a mis hermanos. No puedo castigar a Enrique ¿no lo entendéis? Y no quiero ofenderle castigando a su madre. La reina volverá a ocupar el lugar que le corresponde. Y la condesa seguirá en Arcos. Nadie la molestará, si ella no intenta molestar.

- Pero, Majestad...

- Quiero la paz. ¿No podéis comprenderlo? Mi reino tiene problemas mucho más importantes que una venganza personal. Quiero que mis hermanos vengan aquí, que me ayuden. Y tengo que inspirarles confianza. Los quiero y los necesito. Cuento con vuestra ayuda.

* * *

- No es más que un pequeño hereje, engreído e inconstante. ¿Como puede un rey de Castilla ser amigo del de Granada?

- Tenéis razón, madre. Granada es nuestro espacio natural de conquista. No vamos a hacer la guerra a Portugal; o a Aragón; que son países cristianos, como nosotros. Nuestro pueblo necesita el noble ejercicio de la lucha; nuestros hombres necesitan ocasiones para promocionarse; grandes empresas para engrandecerse y engrandecer a nuestra patria. Este es un país de guerreros, de hombres esforzados y valientes, no de trabajadores manuales; y este rey no se preocupa más que de mejorar la vida de los campesinos, de los judíos y de los moriscos. Tenemos que hacerle la guerra y deponerle.

- ¿Con qué fuerzas contamos?

- Con nosotros ¿os parece poco? Casi toda la nobleza está contra él. Nos seguirán.

- No seáis inocentes. Él cuenta con las ciudades y con el pueblo. Tenemos que interesar al de Aragón.

- Le interesaremos, os lo aseguro. Y a Francia. Pedro está haciendo amistad con Inglaterra y eso no le gustará al Delfín.

- ¿Con cuantos nobles contamos en este momento?

- Con la mayoría, madre. Y los demás lo estarán en cuanto empecemos.

- Está bien. Tenemos que prepararlo todo.

Las puertas de la fortaleza se abrieron. Por ellas salieron las fuerzas que iban a emprender el camino de la usurpación, de la imposición ilegítima; de la implantación de un nuevo orden, que sólo era el mantenimiento, contra toda lógica, de un orden caduco.

- Vamos. -La condesa emprendió el camino, al frente de sus hijos- Pedro nunca me comprendió. Yo soy La Justa.

Epílogo

Aún faltaba tiempo para la llegada de los facinerosos de las *compañías blancas*, para la traición, para el asesinato alevoso de Montiel, merced a la cínica ayuda de Bertrand Du Guesclin. Aún faltaba tiempo para que el pueblo, identificado con su Rey, Pedro I, se esforzara en defenderle, antes de tener que llorar su muerte.

Enrique el bastardo, hermanastro del rey a quien pudo matar, porque el rey no quiso matarlo a él, ya preparaba el regicidio, el crimen que le permitiría ser *el de las mercedes*.

VI OTRA VIDA

La sierra está otra vez roja. El aire está otra vez rojo. Por entre los olivares, el polvo del camino está también rojo.

¡Dios!

¿Es que Dios también se ceba con los más débiles?

¿Existe Dios?

En un paso tan estrecho ¿cómo pueden caber tantos? Tantos, tantos... la Luna se ha perdido, ya no está en lo alto. No hay ninguna luminaria que alumbre el camino de los hombres y mujeres y niños, ciegos, mudos, sordos, de tanto polvo, de tanta voz, de tanta humillación.

De tanto látigo.

Los campos, los pueblos, las ciudades, se han quedado solos. La Luna no hace falta. No hay ningún río que cuidar, ningún campo que regar, ningún ganado para abreviar.

Mejor no iluminar los cuerpos doloridos, cansados, castigados por la fiebre, el calor y el frío; y las fustas y la furia de los soldados arrogantes que vigilan las largas hileras desde sus caballos.

¿Cómo pueden algunos haber osado enfrentarse al ejército más poderoso de Europa?

Querían libertad. ¿Libertad? ¿Qué es libertad?

¿Existe?

El sol está rojo. Hay un sol redondo, rojo, enrojecido por la sangre y la vergüenza, que mira aterrado la larga hilera de hombres y mujeres y niños, en la polvareda entre los mares de olivos. El sol mira aterrado. Y aterido. Sus rayos no calientan. Está aterrado y aterido ante la maldad que es capaz de desarrollar la Tierra. *¿Ese planeta ha nacido de mis entrañas? No lo conozco.*

El sol es una esfera color naranja. Es una naranja que un día se asomó a la Tierra y la tomó por su hija más amada. Y la colmó de sus dones, de su gracia, de su color y su calor. Como hija la mimaba.

Hoy ha visto su error con horror. Ya es tarde. Y en la tarde se retira, deja paso a la Luna para que ella, que es mujer, llore si puede. Pero una madre no puede ver sufrir a sus hijos sin sufrir.

Si Ella hubiera podido evitarlo... Pero no es más que una luminaria encendida

en el espacio. Una luz para las cuevas, para la vega y la campiña y los montes. Una luz que ahora no quiere serlo después de haber iluminado aquella noche. La noche anterior al comienzo de la *gran marcha*.

Los hombres dormían. Los niños dormían. Los pueblos dormían. Sonaron los disparos antes que cantara el gallo. Cuando el gallo cantó habían sonado muchos disparos. Arriba, en los montes; y abajo, al lado mismo de las casas y las cuevas del pueblo.

Sacaron a los hombres, a las mujeres, a los niños, a los ancianos; los sacaron de sus camas y de sus casas. La violencia se había adueñado del pueblo, de los pueblos, del valle, de la comarca. Ellos, que habían despedido días antes a los luchadores con la lágrima y el ruego: *“-No podéis; no podréis con ellos. Dejadlo.”* Ahora estaban, con lo puesto, ante la violencia y el desprecio.

- *“Habéis sido desposeídos de vuestras pertenencias. Ahora todo es del Señor y de su Majestad. Es el castigo por vuestra rebeldía. El castigo a los traidores.”*

¿Traidores? ¿Traidores? ¿Rebeldes quienes llevamos aquí cien, mil generaciones?

Todas vuestras pertenencias son ahora de Su Majestad Católica.

Ahora empieza vuestro camino -vuestro calvario- por los caminos secos y polvorientos; por los campos abandonados por otros que, como vosotros, han seguido antes el mismo camino del destierro.

Ahora seréis propiedad de un Señor que podrá decidir de vuestras vidas a su conveniencia.

Habéis dejado de ser personas por la voluntad suprema de Su Majestad Católica.

Por los caminos inmensos que bajan de la montaña al valle, bajan los cuerpos cansados, doloridos. Doloridos. Doloridos y cansados.

Entraron en las casas. Y en las Mezquitas. En las Sinagogas. Y en las Iglesias. Y se los han llevado a todos. Que los hombres no hablen. Que las mujeres no pregunten. Que los niños no lloren.

Que los niños no lloren.

Que el llanto de los niños y las voces de las mujeres y el coraje de los hombres son molestos para el poder.

Que el llanto se contesta con el látigo.

O con la espada.

Y la voz se contesta con el látigo.

Y el coraje se reprime con el látigo.

O con la espada.

Con el látigo y con la espada y con los cascos de los caballos, se contesta y se reprime a quienes han tenido la osadía de vivir en los pueblos de dónde, hartos de soportar vejaciones y hambre, ha partido la rebelión.

Por entre los montes cubiertos de olivares, por los valles y las cañadas que los olivares, avergonzados, ocultan, serpentea el río humano, precedido, seguido y flanqueado por aguerridos, interesados servidores del orden institucional, impuesto por su Majestad, más necesitada del dinero de los deportados, que de su trabajo en los campos y en la industria, ahora yermos, a sus espaldas.

Entre las filas interminables, cuando surge una lágrima, cuando unos ojos preguntan, mudos, o la mirada digna parece insolencia a la prepotencia montada, el látigo es la respuesta, el conjunto para cortar, pero para no secar el llanto.

Aquí surgió él.

Venía desde las Cuevas, sumiso, callado y desposeído como los demás. Hasta

que no pudo más y, su mano dolorida por el fino lazo, descabalgó al cuerpo sin alma que ahora, oculto entre los arbustos, con su propia espada entre las costillas, no volvería a maltratar a los caminantes desterrados, silenciosos y sobrecogidos.

Desde entonces no quedaba más que la huida. La huida o la muerte.

Entonces emprendió otro largo camino. En dirección opuesta, hacia el sur; otra vez hacia el sur. Y se encontró con otros hombres como él, que huían, que buscaban un sitio, un espacio, una tierra dónde no ser esclavos.

Pero ¿quien los acogería?

Quienes iban en largas hileras, custodiados por los soldados, caminaban hacia la esclavitud; a un lugar desconocido, seguramente inhóspito, dónde serían entregados un Señor que dispondría de sus vidas. De sus haciendas ya habían dispuesto.

Ellos, los miles que habían conseguido escapar, también se dirigían a un lugar desconocido. Seguramente inhóspito, también. O quizás no. Ellos eran libres. Habían sido desposeídos, también. Pero no caminaban custodiados por lanzas certeras, ni por látigos entrenados.

Pero ¿cómo serían recibidos tantos miles de hambrientos en un país desconocido? Serían tomados por salteadores, se organizarían contra ellos, no los dejarían entrar en las ciudades, les presentarían batalla.

No eran más que un montón de harapientos. Refugiados. Sólo eran refugiados. Extraños en un país extraño. Perseguidos. Desconocidos en un país desconocido. ¿Dónde no temerían a miles de refugiados famélicos y harapientos?

Era preciso organizarse. Debían organizarse. Debían llevar un mensaje a los nativos; un mensaje de paz y hermandad. No cruzaban la mar para robar, no eran salteadores, sino exiliados. No harían daño alguno; trabajarían para merecerse su pan.

Lo primero era organizarse. Cruzar la mar, volver a tierra -a una tierra aún lejana y desconocida- como un grupo organizado capaz de despertar confianza y, si fuera preciso, defenderse. Pero nada más defenderse.

No iban a expoliar, como habían expoliados. No iban a atacar como habían sido atacados. Sólo anhelaban un trozo de tierra dónde poder volver a ser personas.

Así desembarcaron, organizados y limpios. Y cruzaron el Atlas ante la admiración y la simpatía de los nativos, que no tuvieron motivos para ver en ellos más que hermanos perseguidos por la injusticia.

Así, organizados y limpios, gracias a la determinación de Diego, el cuevano, cruzaron los montes y los llanos y los desiertos de arena y de sal, satisfechos de seguir al hombre que les había devuelto un motivo para seguir viviendo.

Ellos buscaban otra patria. La suya ya no era suya. En la suya, después de aquella caravana, que no había sido la primera, vinieron otras caravanas. Y otras. Y miles de personas eran obligadas a cruzar los mismos caminos, polvorientos y cansinos, en busca de un señor que dispusiera de sus vidas.

En la suya, quienes osaron rebelarse porque el hambre y la opresión y la injusticia les habían hecho perder el miedo, habían sido derrotados.

Masacrados.

- ¿Quien puede enfrentarse al ejército más poderoso de Europa?

Otros hombres -desheredados, como ellos; abandonados y utilizados por el poder, como ellos- se enfrentaron después, para reclamar justicia, para exigir igualdad. Y por buscar igualdad habían sido traicionados por quienes debieran permanecer callados a lo largo de los siglos, en vez de inventar unos derechos que no les corresponden.

Por reclamar igualdad habían sido sitiados, vencidos y humillados. Obligados a *besar la frontera* -porque hay frontera; porque tiene que haberla, para que se pueda obligar a alguien a *besarla*- un 15 de octubre. Obligados a doblegarse *ante la otra parte* de la frontera.

Para que no olvidaran su dependencia.

Ellos hubieran preferido volver a sus casas. Pero ¿qué podían enfrentar al ejército más poderoso de Europa? ¿Cómo podrían enfrentarse? Debían conformarse con buscar otra tierra. Otra casa.

Diego Guevara, el hombre que cansado del camino, había huido después de acabar con la vida del capitán pretencioso y prepotente, que ya no podría usar más su látigo contra los deportados, consiguió organizar a los miles de exiliados, como él, y hacer de ellos un grupo respetado.

Un cuerpo de ejército respetado, para llegar hasta dónde hiciera falta, en busca de un espacio, de un lugar dónde fundirse con los nativos para construir un nuevo hogar en paz.

Hasta Tombuctú.

En la Curva del Níger encontraron el sitio dónde reconstruir su *Andalucía perdida*. Allí la siguen recordando, cada día, los *Armas* y los *Turé*.

VII EN LOS ARCENES

Desde la altura el campo es más inmenso. Y el río una lámina plateada que corre entre los árboles. El pueblo, abajo, se asoma desde la distancia -pequeña distancia especie de respeto del casi imperceptible cerro dónde asienta- a la presa por dónde se cruza de campo a campo, de calzada a calzada.

Hace un rato, un hombre miraba al campo verde, detenía su mirada en los rostros cansados de los jornaleros. Sentía en sus oídos el sonido del agua al caer desde el cántaro y cruzar sus gargantas, resacas por el polvo y el polen. Miraba como el aire mecía el velo negro de pudor sombrío y movía alegre los cabellos del niño serio, portador del cántaro.

El pueblo está abajo, en la suave loma junto al río, tras la presa. Y Ella a ambos lados: al este, al pie de la Sierra. Y al oeste, cerca de dónde el otro río, más pequeño, entrega sus aguas mansamente en el recodo.

- ¡Mira, es él...!

Desde la altura, Alfonso señalaba al hombre cubierto con un sombrero; el hombre que miraba interesado, más solidario que curioso, a la mujer cansada que preparaba la comida con más amor que medios, a los jornaleros cansados cuando la jornada concluía, ya el sol oculto tras los montes en la lejanía.

El niño señaló otra vez, más al norte

- ¡Mira!

Al otro lado del pueblo, más cerca ya de las primeras alturas que de la lámina plateada del agua, otro hombre, pleno de solidaridad, se esforzaba en arrancar la enfermedad de cuerpos indefensos; sin más ayuda que la suya propia; sin más recursos que sus manos, sus propios medios. Su inteligencia. Y su conciencia, su entrega a los demás.

En los oídos de los dos niños, sujetos en el espacio por los brazos férreos de Noctiluca, resonaban todavía las palabras que otro hombre, solidario como los anteriores, había declamado ante el atento auditorio

“-¡El nacionalismo andaluz, no está muerto!

Ante ellos, allí abajo, se abría la sinfonía de verdes en consonancia con la sinfonía de blancos. Los blancos reflejos de la Luna en las casas encaladas, el

serpentear de plata entre los árboles, a ambos lados de la presa, por dónde iba entregando vida a la tierra.

El río era un ser vivo.

Como aquellos hombres que estaban dando su vida por los demás hombres; los hombres pobres de la tierra más rica.

Sus voces, sus manos, sus plumas cansadas de darle forma a las ideas desde el azul de los tinteros; su decisión firme, férrea, de sacar aquella tierra de la ignominia a que había sido condenada, estaba renovando conciencias, estaba levantando a la gente.

Los jornaleros, míseros habitantes de prestado en tierra propia; las mujeres ocultas en sus velos negros; los niños aprendiendo a cargar antes que a leer, ya no estaban solos; empezaban a dejar de ser seres abandonados, porque cada vez era mayor el núcleo de quienes reclamaban sus derechos y clamaban por ellos.

De quienes les estaban enseñando a recobrarlos.

Pero con tanta fuerza como era recuperada la historia, la guardia de asalto detenía a los desheredados, porque pretendían dejar de serlo. Mientras se recogía la cultura milenaria del pueblo para devolverla a sus legítimos propietarios, la orden tajante de un Ministerio, ausente la moral: “-Ni heridos ni prisioneros-. Teñía de negro el pueblo, casi perdido en la sierra, con la sangre de sus moradores.

Las lágrimas de la Señora no bastarán para revertir el rol forzado por ocupantes sin escrúpulos, ni moral, ni conciencia. Ya podía regar sus campos, cuidar sus noches, llenar sus ríos para facilitar el riego, si morían las acequias, faltaban manos y lo poco cultivado no iban a las que habían arrancado el fruto a la tierra ardiente.

Los hombres reunidos, cada vez más, podían plantear los derechos conculcados.

Y los plantearon.

Buscaron soluciones contra el paro, la miseria, la discriminación, el hambre, la semiesclavitud; contra el trabajo infantil. Para la integración, la cultura, la enseñanza. Para la igualdad.

Y, por proponerlas, por proponer soluciones, se vieron enfrentados a todos, a unos y a otros; a los que habían mandado la Guardia de Asalto a Casas Viejas y a los que habían negado la masacre y a los que la habían descubierto en el Congreso. Se vieron enfrentados a quienes vivían de la explotación del jornalero y a quienes decían vivir para defender sus derechos.

Se vieron enfrentados sin haber buscado el enfrentamiento. Sin desearlo; sin buscarlo.

¿Qué intereses perseguían quienes se oponían a las soluciones planteadas para acabar con el paro, con el sufrimiento, con la incultura, con la pobreza, con la indefensión...?

¿Quizá era el derecho a defenderse lo que llevaba a algunos a sentirse ofendidos?

¿Puede ofender a otros el derecho a defenderse?

¿Un deseo puede estar por encima de un derecho de todos?

¿Quiénes interpretaban como una ofensa la defensa del derecho? ¿Qué intereses les movían?

Quizá eran los mismos de aquellos que, siglos antes, habían dejado más de cien mil muertos en el llano entre los montes, en Las Navas... los mismos intereses de quienes habían deportado miles de familias, obligadas a un camino dónde quedarían muchos, para entregar los supervivientes a la rapiña de unos señores que ya habían rapiñado antes su tierra y su hacienda.

Quizá eran los mismos que habían obligado a miles a cruzar la mar, en busca de un espacio dónde construir una nueva patria, hallada por los fugitivos a miles de kilómetros, después de cruzar los desiertos de arena y de sal.

Porque habían cambiado las circunstancias, los métodos, la forma. Pero el fondo seguía siendo el mismo.

Por haber planteado el problema; por haber enseñado, por haber socorrido, por haber analizado situaciones, por haber buscado soluciones para sacar a su pueblo de la miseria; por haberlo intentado, muchos quedaron en la cuneta de una carretera solitaria.

En el siglo XII quedaban en el llano entre los montes; en el siglo XVI al filo de los caminos polvorientos que rompían pies y destrozaban cuerpos. En el siglo XX, más avanzado, los dejaban en las cunetas de las carreteras regadas años antes con alquitrán.

Los mataron allí y allí los dejaron por haberse atrevido; por atreverse a tener “*la osadía*” de reclamar para su tierra

AUTONOMÍA

*A Blas Infante, notario; andalucista,
A Pedro Vallina, médico; anarquista,
que lo dieron todo por su tierra.*

VIII LOS SURCOS

Los surcos marcan el camino en el asfalto.
No hay más que seguirlos.
Si faltaran las señales los surcos podrían llevarnos.
Nos llevan.

Son el riesgo, el peligro, la inseguridad en las carreteras para todos los vehículos; para quienes los sufre, una vez hechos y para aquellos que los marcaron con el peso de su carga.

Los primeros siguen a los segundos.
Pesa mucho un camión cargado.

Un camión cargado; muchos camiones cargados van dejando su marca en la calzada. Su recuerdo, por si el expolio no fuera suficiente. Volverán los productos preparados *-manufacturados-* para que el beneficio se vaya fuera.

Y el recuerdo dentro.

Nos venderán lo nuestro *con marca*. Una marca muy distinta a las impresas por las ruedas de los camiones en las calzadas.

El mundo rueda.

La vida continúa.

Dónde hay vida.

El mundo, ya, es una *aldea global*. Dicen.

Una aldea dónde nadie se conoce. Dónde no hay convivencia. ¿Una aldea?

¿Global?

- ¿Falta mucho, mamá?
- Todavía falta.
- ¿Cuándo llegaremos?
- Cuando Dios quiera.
- ¿Querrá Dios que volvamos algún día?

¿Querrá...?

Globalidad es conjunto. Global es Comunal.

No es tener que marcharse en busca de trabajo, porque aquí no lo hay, porque se lo llevaron en los camiones cargados que dejan su marca en la calzada, porque *había* que construir la *aldea global*.

¿Qué aldea?

Los surcos de las calzadas sólo se abren en un carril. En una sola, en una misma dirección. Siempre. Solamente. Únicamente. La misma dirección que siguen los trenes cargados, los autobuses repletos de hambre en busca de redención.

- ¡No quiero ir al colegio!

- Tienes que ir al colegio.

- No. No quiero ir. No conozco a nadie; no entiendo a nadie. No puedo tener amigos.

- Yo tampoco entiendo a nadie. Pero tengo que soportarlo, tengo que trabajar y tengo que comprar porque tenemos que seguir viviendo.

Por los surcos abiertos en las calzadas, por los raíles, dispuestos en la misma dirección, se hizo el largo camino.

Sin vuelta.

Más de dos millones han quedado fuera.

Más de dos millones que ya no volverán.

Más de dos millones menos. Pero el paro sigue siendo nuestro azote.

- ¿Cómo pueden, a pesar de todo, vendernos lo nuestro... todavía?

IX LA BURBUJA

- La propuesta del rey de Bohemia fue adelantada. En 1430, Jorge Podiebrad planteaba por primera vez la federación de los estados europeos. El ministro francés, Sully, presentó su proyecto en 1464. Luego vinieron los de Campanella, Panonio de Belgrado. .. ¿Por qué ninguno de aquellos intentos tuvo acogida y no se volvió a hablar de unión europea hasta quinientos años después? ¿Por qué Ricardo Couvenhovi-Kalergi, el precursor y Jean Monet, el mentor, tuvieron que retirarse con el amargo sabor del reconocimiento:

- ... *"esta no es la Unión que queríamos?"*

El recinto parecía el más apropiado para el curso. La voz del conferenciante se agrandaba en la bóveda barroca y llegaba a los cursillistas en el eco de un Palacio que era la síntesis de las corrientes culturales que han recorrido el Continente. No se mezclaban los estilos: se respiraba armonía clásica, trasladada en las columnas de capiteles corintios; la cruceta, de técnica ojival estaba sustentada en unos arcos de tendencia andalusí... El renacimiento había dejado su sello, pero el conjunto era barroco. Y rabiosamente actual.

- "... posiblemente, aquellas propuestas, aunque sinceras, carecían de realismo. Sin embargo tenían un doble valor, por nacer en un tiempo en que la tónica era el enfrentamiento. O tal vez porque eran una respuesta a esos enfrentamientos....

Mientras *modernidad* ha venido significando acabar con lo anterior, cuando las técnicas tienden a simplificar líneas, como si todo debiera reducirse al doble decímetro -que ya no se usa, sustituido por el ordenador- allí reinaba el equilibrio a tales niveles de perfección, que parecía irreal. Y en un armonioso, elegante modernismo.

- "...*si pudiéramos entendernos dominaríamos Europa*. La propuesta de federación con Holanda de Cronwell, perseguía la hegemonía en el continente. Las otras iniciativas no nacían con este vicio, pero tampoco eran realistas respecto del momento que se vivía y, sobre todo, en lo que concierne a la organización. La de Podiebrad, por ejemplo, entendía la unidad europea basada en la hegemonía de un país: Francia. La de Sully, consciente de las divisiones existentes, prohibía a los cristianos hacerse la guerra... Y les instaba a unirse contra los turcos: difícil situación

para la propia Francia, aliada de la *sublime Puerta*.

El marco, sin duda, era ideal. La conjunción de los estilos que Europa ha conocido; una explosión de luz y armonía, como la que une los extremos de barroco y clásico, sumados al ritmo, en una cadencia tan proporcionada como actual.

Un marco conciliador, concebido para soñar.

Daniel se sintió rodeado de laxitud cuando se internó en su burbuja. De pequeño había sido cruzado. Había defendido la fe con su espada de madera. Había asaltado los barcos fenicios que llevaban el oro y la plata del pacífico Tartessos. Se había defendido valientemente de los terribles piratas que asaltaban y robaban los barcos cargados, de vuelta de América.

Pronto le siguieron los demás cursillistas. Un salto en el tiempo, que sólo era posible en su burbuja.

Hartmann, un auténtico tirolés, sonrosado, con tendencia a la redondez en sus facciones. Él, el bávaro Diéter y la pequeña y casi regordeta Emine, la zelandesa - tocada con un delantal y su gorrito, parecía sacada de un cuadro flamenco- no es que fueran muy parecidos, pero tenían un toque, una sonrisa muy similar. Y un rubio casi idéntico. También Dani se veía reflejado en Isabel, la algarvense, morena, pequeña y enérgica; en Hervé, un tolosano orgulloso de su tierra y de su pasado independiente; en Julio, el toscano, de habla dulce y nerviosa y porte señorial. Pero, sobre todo, se identificaba especialmente con Alexis. El corintio ahora era un niño moreno, de pelo corto y lacio, como él. Proporcionado, como una estatua griega. También se sentaron con ellos Christine, la luxemburguesa, Thomas, un ceremonioso valón que, incluso ahora, vuelto a los doce años, tenía un ineludible aire de hombre de negocios; John, el galés, alto y claro, de piel sonrosada como un celta, al que las pecas alegraban el rostro. Rose, la alegre y espigada irlandesa, Gustavo el sueco, Ulrich, de Noruega; y Christian, el danés.

Dani miró a su alrededor, satisfecho. Cuando notó que aún no estaban todos, Isabel había afirmado: *-Vendrán. Tienen que venir*. No eran las similitudes y las diferencias lo que más les llamaba la atención. *-¿Qué hacemos aquí? ¿Qué hago yo?* Quizá era necesario. Sólo eso. *Empezamos bien: nadie me ha condenado a contar chistes por ser andaluz. Algo bueno tenía que tener esto.*

- Antes de empezar a jugar deberíamos conocernos mejor. ¿Por qué no nos presentamos, así hablamos algo de nosotros? Vamos a presentarnos.

Los niños asintieron. Dani aprobó con el gesto: *"-Pragmático el bávaro"*

- Irlanda es el único país que mantiene su raza primitiva prácticamente pura - empezó hablando Rose- ¡Si no fuera porque el imperialismo inglés partió la isla...!

John miró a su vecina con indiferencia.

- En ningún sitio se han mantenido las tradiciones y las costumbres celtas como en Gales. Y ha sido gracias a la tolerancia inglesa. Gales es la cuya del rey Arturo y del mago Merlín.

- El Languedoc podía haber sido un gran estado. Francia nos dio la unidad, pero nos quito la independencia, el idioma y la riqueza.

- Dinamarca abandonó pronto las luchas hegemónicas. Mi país comprendió que la vida era mucho más fácil en paz. -Sentenció Christian.

- El caso de Noruega es muy parecido. -Apostilló Ulrich- Aunque nosotros nunca guerreamos para conquistar otros países, sino para librarnos de Dinamarca y de Suecia.

- Austria era un gran país. Un imperio. -Hartmann se agarró los tirantes, orgulloso- Pero los enfrentamientos europeos acabaron convirtiéndonos en un

pequeño país. Las ambiciones de Rusia y de Francia no han sido ajenas a ello; sin embargo hemos construido una nación moderna con un nivel alto.

- ¡Ambiciones las austríacas! -Hervé no pudo reprimirse- Sin Austria no se habría dado la primera Gran Guerra.

- ¿Quién fue el culpable de aquella guerra? ¿Austria? ¡No! -La réplica de Hartmann era enérgica aunque sosegada?- El expansionismo servio, apoyado por sus amigos franceses. Ésa fue la causa.

- ¡Expansionismo...!

- Un momento -la acalorada réplica del tolosano fue interrumpida por oportuna intervención de Alexis- Grecia, cuna de la cultura y de la enseñanza, tuvo que sufrir el escarnio de una invasión salvaje, de la que todavía no nos hemos recuperado, unas veces con la indiferencia y otras con el apoyo de Europa. Pero ahora intentamos entendernos. Pongamos nuestras afinidades delante de nuestras diferencias.

- Quizá no sea malo recordar, si es para no repetir los errores del pasado. - Francia, Alemania, Inglaterra, Holanda, España, Austria, Servia, Rusia, todos han cometido muchos y grandes errores en la historia. Italia también -Julio mediaba- No puede olvidarse Abisinia y Libia, por ejemplo. Pero tampoco podemos olvidar que de Italia partió la primera unidad del mundo europeo, aunque se hiciera a la medida de la época. Ni que las ciudades italianas, que fueron focos de cultura en el medievo, sufrieron las ambiciones de los grandes estados.

- Es verdad. Debemos buscar lo positivo. -La sonrisa de Isabel hacía la conexión más fácil entre sus compañeros- Portugal siempre ha vivido de espaldas a España, nuestro vecino. Hasta que nos hemos dado cuenta de nuestro mutuo error. El peligro no está más que en la intransigencia y en el egoísmo.

- Isabel y Julio tienen razón. -Intervino Cristhine, serena- La intransigencia y el egoísmo han sido y son los responsables de todos los males. Luxemburgo es el país más pequeño, porque la ambición de otros deshizo los estados borgoñones... Pero ¿por qué hay que tener esas obsesiones por el tamaño? Mi país, Bélgica, Holanda... podríamos haber tenido una mejor relación con España y con Francia, si ambos hubieran actuado con mayor tacto y menos imperialismo. Sobre todo España.

- Lo que dices es posible para Luxemburgo y Bélgica -terció Dani-. Holanda nunca quiso unidad y se entregó al corso...

- Déjame terminar -repuso Cristhine, de nuevo- Lo que quiero decir es que debe respetarse la realidad social, cultural, histórica... que no siempre coincide con los límites actuales. De hecho si estamos viviendo una caída de fronteras, no es para crear otras nuevas. Por supuesto. Pero tampoco debe ser para anular personalidades ni culturas. Al contrario. Se puede acabar con los nacionalismos disgregadores, pero hay que defender los nacionalismos integradores, para respetar a los pueblos como se merecen.

- Cristhine tiene razón -afirmó John- Mi país es el Reino Unido, pero nunca podré renegar de ser galés.

- Ese es mi caso, pero con un importante matiz. -La tensión había disminuido y la intervención de Dani ganó el interés de sus compañeros- Mi tierra, el suelo en que vivo, este lugar donde estamos -movió los brazos en derredor- emparentado física y culturalmente con Grecia, ha sufrido tantas invasiones que son casi incontables. Las más destructivas siempre han venido del norte. No hemos podido conservar nuestra economía pero sí nuestra cultura y nuestra personalidad, a pesar de que también han intentado quitárnoslas. Sin embargo, este es el matiz, tan sólo le pedimos a Europa que respete estas dos cualidades y nos devuelva lo primero: la economía que se nos viene negando; que nos ayude a recuperar lo que se nos ha quitado. Así no sólo se

estará haciendo justicia, además habrá merecido la pena unir nuestras fuerzas a las de otros pueblos.

- Es cierto -matizó Diéter- Si no ha terminado el tiempo de los enfrentamientos no tiene sentido ninguna unión. Alemania, que era un conglomerado donde se dirimían todas las diferencias continentales, hoy es uno de los pilares de Europa. Pero el futuro sólo será posible si se construye desde la igualdad entre los pueblos, sin que ninguno se quiera servir de otros.

- Deben respetarse las culturas, las naciones culturales -insistió Dani-. Europa solamente se podrá construir desde los pueblos, no desde los estados.

- A eso me refería antes -apostilló Julio- cuando hablé de las ciudades libres. La unión significó la caída para muchas. Eso es lo que hay que evitar ahora. Ahora, que empieza a verse el final de los estados nacionales, debe volver el tiempo de las realidades. No deberíamos limitarnos a sustituir un Estado por otro mayor, sino dar protagonismo a las culturas, a las realidades culturales y económicas que están contenidas en las unidades regionales.

- No podemos olvidar que la Unión europea se ha ido forjando a partir de motivaciones comerciales. -Thomas parecía realista. Miró a sus compañeros con suficiencia.

- Es cierto -reaccionó rápidamente Dani-. Pero es una cuestión de inteligencia. El sistema económico capitalista se basa en la demanda. Y sólo hay demanda si hay poder adquisitivo. Por eso para nadie es rentable que el resto viva en la pobreza. Que haya regiones ricas y regiones pobres y dependientes, dentro de la Unión, no es bueno ni siquiera para los ricos, aunque algunos no quieran reconocerlo. Los productores únicamente tendrán mercado si hay equilibrio. -Todos asintieron con el gesto-. Es un motivo más que hay que sumar a los anteriores. Hay que hacerse a la idea de que Europa está hecha de pueblos, no de fronteras. Por lo tanto, la única forma que existe es que desaparezcan las fronteras. Entonces emergerán los pueblos. La riqueza, el valor, la cultura, está en los pueblos, no en los límites.

El marco era el ideal; por cuanto resumía todo el arte -y con él la historia- que Europa ha conocido. Podría serlo aún más, si era capaz de reunir el pensamiento de los hombres que la pueblan. Si todos supieran encerrarse en la *burbuja* de Daniel, sutil y generosa, como su pensamiento.

- Debemos convencerlos: sólo puede existir **Unión europea** si se basa en un común y absoluto respeto a la diversidad. Por lo tanto, aprendamos a respetarnos.

EPÍLOGO LA NOCHE DE LOS GIGANTES

Vuelta a vuelta. Goma contra asfalto. Competencia y lucha de hermanos químicos.

Sube y sube.

Kilómetros de riego asfáltico entre chopos y alambre; contra chopos. Antequera, cada vez más lejos; cada vez más pequeña. El Romeral, más cerca. Antequera a lo lejos; la cima más cerca. Y Andalucía, abajo, es más inmensa. Y más hermosa.

Abierta, la campiña descansa. Una luminaria, suspendida como Diosa en la Rocina, quiebra la penumbra; guarda el sueño. Guarda siglos de sueño. Estrellas plateadas, haces de luz, fecundan brillos entre olivos vivos, sobre trigos esbeltos, entre chopos generosos -tristes guardianes del monte, impotentes para detener la punzante espada de pinos extranjeros, sentencia del ICONA para papel de otros.

La Luna fecunda los erectos senos de un Monte dormido. Dormido o dormida. Nombre masculino para una efigie, aceptadamente femenina, en una civilización que se viriliza en la fecundidad materna de su creación.

El agua es ahora susurro y quietud.

Sombra y agua.

Viento y verde.

Y blanco.

La Luna, como madre en La Rocina, quiebra la penumbra y guarda el sueño. Siglos de sueño. Y fecunda los pechos tranquilos del Monte dormido. El Romeral, sereno, se oculta entre montes verdes y rayos blancos.

Un día estos campos fueron alegres. El hombre los trabajaba para su sustento. A la sombra de los bosque *que permitían a una ardilla cruzar de norte a sur, de este a oeste sin pisar tierra*, vivió libre. Su trabajo se hizo arte. Y ciencia. Y conoció la libertad.

Y la amó, porque la practicó.

Pero un día llegó el guerrero. La espada contra la hazada. La espada contra la libertad. Espada contra pluma. Espada contra libros. Espada contra arte. Espada contra Dios. Espadas en forma de cruz... y otra cruz en el pecho. Espadas en nombre de Dios. Y el hombre de estos campos conoció la esclavitud. El hambre. La huida. Y sus campos secos. Lloró su muerte y la de sus olivos y sus vides y sus chopos y sus montes de terrazas.

El hombre de estos campos vivió como el pinsapo imponente, e impotente a los

desmanes. Y vio pasar surcos en un carril de todas las calzadas. En una sola dirección; siempre la misma. Siempre hacia el norte, miles de camiones se llevan cada día muchos días de trabajo. Detrás, él mismo, el paso cansado del exilio, en busca de un pan que esta tierra tiene y no produce bajo las espadas. Y los olivos, precio de una *comunidad* de intereses. Y los chopos y las encinas, su sitio cedido para papel de otros.

El agua fue callada. Callada vivió su utilidad perdida. Ya no podía correr, recorrer, jugar entre surcos labrados en la tierra, fecundar el grano, alegrar las ramas de un tronco vigoroso, refrescar el trabajo de julio y agosto. Su canto se hizo susurro, lamento contenido, cuando sus encauzamientos artificiosos se hicieron para aligerar su muerte en la mar, siempre esperada, pero sólo aceptable cuando la vida ha sido fecunda.

El agua callaba. Había visto, demasiadas veces, su transparencia cegada. Sus fondos cubiertos por el rojo de una sangre, derramada en las luchas estériles de un pueblo que quería recuperar su libertad pasada, desenterrar su riqueza y reencontrarse.

Tras árboles tristes y punzantes depredadores para papel de otros, queda oculto el monte. No se ve ya la Peña de los Enamorados. En el silencio, sólo la Luna, como Madre en La Rocina, presta su cuidado desde los siglos. Y guardianes feroces, espada presta, rodean los campos por todas las esquinas.

Atado y bien atado.

Duerme el monte. ¿Duermes...? Duerme Gerión. Y Argantonio. Duermen Abderramán, Alexandre, al Mutamid, Averroes, Avenzoar, Almanzor, Bécquer, Blas Infante, Cernuda, Habidis, Hermenegildo, Herrera, García Lorca, Gárgoris, Grosso, Juan Ramón, Leandro, Lope de Rueda, Machado, Maimónides, Murillo, Séneca, Picasso, Velázquez... al Ándalus despierta.

Un estremecimiento sacude la solución química del neumático sobre la solución química del asfalto. La Luna, sola, suspendida en lo profundo, vigila y sujeta con sus rayos blancos el verde de los campos. Los eucaliptos -extraños injertos, contradictorio naturismo gubernativo para una industria enemiga- se achican; se agachan vencidos: sobre ellos se yergue, hecho vida, un torso formidable. Enorme, poderosa, la piedra ha recuperado su humanidad. Humanidad inmensa, que estremece invasiones, que toca la Luna con su mano, pero no asusta.

Grandiosa, pero no grandilocuente.

El Monte se ha despertado.

Cuando todavía el sueño intenta reparar la ingratitud de un trabajo diario no retribuido, una conmoción conmueve las entrañas de la tierra. El pino extranjero, el guerrero, su lanza, los surcos de las calzadas, tiemblan.

Manos grandes, poderosas, ayer pétreas, suaves como el agua, como el viento, como el rayo de Luna, fuertes como la razón, sacuden de su cuerpo elementos que fueron aposentándose con el tiempo y el poder impuesto, al amparo del dominio.

Intereses, engaños, hambre, siglos de hambre, dependencia y esclavitudes, cascos metálicos y botas de cuero, van siendo enterrados en el mismo hueco que ha dejado el cuerpo al levantarse.

Se han encendido luminarias en el espacio. La Luna sonríe ahora, satisfecha. Ya no es quejío: hoy brama la tierra. Sacudidas que revientan invasiones, repiten el despertar a lo largo del camino. Se levantan el monte de Archidona. Y el de los Vélez, las Estancias, Estepa...

Toda la tierra se levanta. Se están levantando todos los gigantes. Han despertado los atlantes. Y con cada Atlante petrificado que vuelve a la vida, quedan

enterrados, en el mismo hueco que dejó su cuerpo, destrozados, siglos de dependencia, de abandono, de intereses ajenos, de riqueza conseguida con el hambre atlante.

Pobreza y abandono; promesas incumplidas. Miedos, amenazas, traiciones, se van enterrando al ritmo del desperezo de unos gigantes que despiertan, neutralizado el veneno de los dardos de pequeños guerreros malvados. Las sierras de Cabra, de Aracena, de El Pedroso, de los Filabres, Los Pedroches, La Serranía, El Tranco, Gibalbín, Almanzora, las ciudades, las campiñas, las costas, los mares, los pueblos... Todo está en pie.

Casitas blancas, huertos, herramientas, libros, historia, trabajo, cultura, arte, ciencia, se van depositando al pie, cuidadosa, suavemente, al tiempo que son rotas cadenas, barreras, normas impuestas, intereses; y se entierra hambre, mucha hambre. Se entierran hambre, mentiras, injusticias, expoliación, pinos extranjeros para papel de otros. Surcos de calzada, por dónde escapaban camiones cargados de trabajo, son alisados. Ahora trabajar tiene sentido. Ya se puede trabajar. Ya nadie se llevará nuestro trabajo.

No queda ningún gigante dormido. Ahora los gigantes, desatadas las ligaduras impuestas con veneno de los dardos de pequeños despreciables liliputienses, entierran las armas invasoras.

Ni la mentira, ni la traición, ni el poder, ni el llanto fingido, ni la soberbia. Ahora los Gigantes están despiertos. Y avisados. Ahora, que cada cual sea fuerte por sí mismo.

Si puede.

Ahora ya no podrán engañar otra vez a los Gigantes, tras siglos de letargo por dardos envenenados, de pequeños repelentes liliputienses.

El hombre vuelve a trabajar, alegre. Trabaja para él. Y trabaja. Hay una luz nueva, esplendorosa, fuerte y dulce a la vez. El cielo, azul limpio, se mira alegre en el agua orgullosa. Los campos sonrían. Los ríos vuelven a ser felices. El agua corre, recorre, juega, da vueltas, se detiene.

Se entretiene.

Riega.

Da vida.

Es naturaleza.

Ha vuelto la paz. Ya no habrá más sangre.

Ni más hambre.

La Luna-Madre, descansa en La Rocina satisfecha. Cuida su sueño una sonrisa.

Ha salido el sol.

FIN